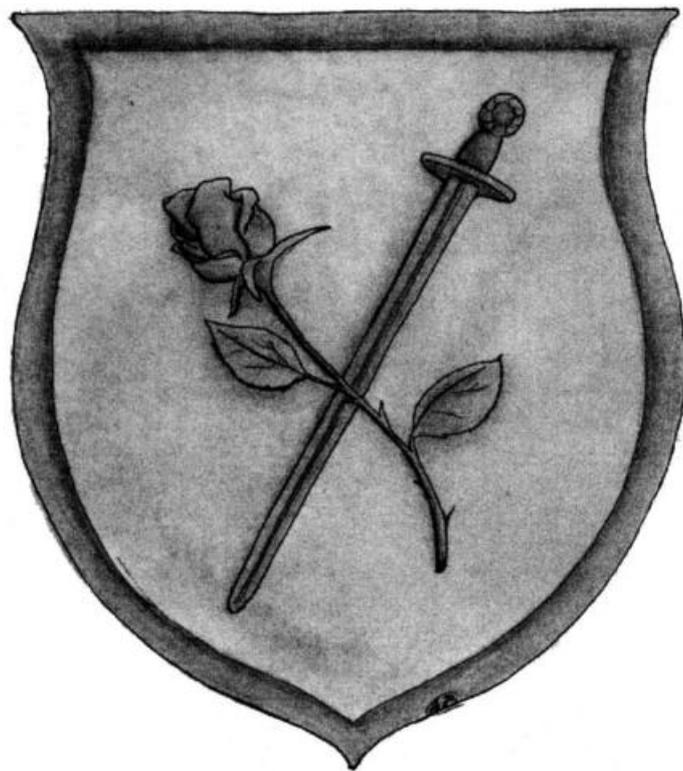


# La Espada y el Corazón



por  
**María Olmedo Soler**

Editorial Mos

1ª edición: agosto 1989

2ª edición: noviembre 1994

1ª edición internet: diciembre 2000

2ª edición internet: febrero 2009

Ilustraciones: María Olmedo Soler

Escrito el 23/8/89 por

María Olmedo Soler

Todos los derechos reservados

## ***INDICE***

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Epílogo



## *Capítulo 1*

En el reino de Brodomar reinaba la paz desde hacía muchos años. Sin embargo, últimamente se había corrido la voz de que no tardaría en producirse en Brodomar una guerra contra el oscuro reino del oeste, el reino de Morlo.

En Brodomar reinaba Arlem, rey fuerte y justo, amado por sus súbditos. Este era ya muy mayor y sólo tenía una hija, que pronto cumpliría los diecisiete años. Su madre había muerto cuando la princesa sólo tenía dos años. Desde entonces el rey, su padre, se dedicó a cuidarla y a educarla con todo su amor.

La joven princesa se llamaba Risam, y su belleza era conocida en todos los reinos de alrededor. Su sedoso cabello rubio que le caía por la espalda hasta la cintura, resplandeciendo más que el sol; sobre su cabeza adornaba una pequeña corona de oro que reflejaba su realeza y su belleza. Sus ojos azules que reflejaban el mar y unos labios como los pétalos de la más hermosa rosa de Brodomar.

Así la describía en su canción un joven trovador.

Muchos príncipes y caballeros de los reinos vecinos la habían cortejado y habían pedido su mano, mas ninguno tuvo éxito.

La princesa no se interesaba por ninguno, y su padre nunca la obligó a casarse, como era costumbre de esa época en todos los reinos.

Sin embargo y aunque el rey Arlem no deseaba separarse de su hija, sabía que esto pronto tendría que ocurrir, pues él era anciano y debía encontrar un hombre digno que le sucediera en el trono y cuidara de su hija, ya que las mujeres no podían reinar.

Cada día le venía a la cabeza la misma inquietud, pero no decía nada a su hija, pues no deseaba verla ni siquiera mínimamente desgraciada.

Lo que el anciano monarca no sabía era que su hija también pensaba en esto. Dispuesta estaría a casarse con quien su padre dispusiera, aunque estaba segura de que entonces no sería feliz. Pero como su padre nada decía, ella esperaba en silencio el día en el cual encontrase un hombre al que pudiese amar, o con el que debiera casarse por obligación.

Sin embargo, padre e hija dejaron de pensar tanto en ello cuando los rumores de la guerra contra el reino de Morlo llegaron al castillo. Según las noticias que llegaban, todo parecía indicar que por fin el rey del reino del oeste se estaba preparando para lo que tanto deseaba: apoderarse del extenso y rico reino de Brodomar.



Era una soleada mañana de Primavera, y la princesa Risam la disfrutaba recogiendo flores en el jardín del palacio, mientras su padre atendía algunos asuntos de poca importancia. Entonces llegó al castillo un jinete; los soldados que guardaban la puerta le impidieron el paso, y uno de ellos le preguntó quién era.

- Soy mensajero del rey Orando - contestó el hombre -, rey del reino de Arvenamar, situado junto al mar al este de vuestro reino. Mi rey, amigo y aliado del vuestro, me envía con un mensaje que debo dar en persona al rey Arlem.

- Pasa entonces - contestó el soldado, dejando el camino libre a jinete y caballo. Les condujo hacia las caballerizas, y mientras el jinete descabalgaba, continuó: - Esperad aquí, que yo iré a avisar de vuestra visita.

El mensajero, tras ver como el soldado de plateada librea corría hacia el castillo y desaparecía por la puerta, hizo unas caricias a su caballo, un hermoso animal negro de crines color fuego, y luego le entregó las riendas a un mozo, quien lo llevó a las caballerizas para darle de comer y beber.

Mientras se sacudía la capa, el mensajero no se dio cuenta de que alguien le observaba. La princesa, que se encontraba a varios metros de él, y había visto su impetuosa llegada, le observaba con curiosidad.

El mensajero era bastante joven, poco mayor que ella. Su cabello negro le llegaba a los hombros, y por

la frente le pasaba una delgada cinta dorada. Parecía fuerte y en muy buena forma.

Vestía un traje compuesto por una chaqueta y pantalones de color dorado, y una capa blanca que le cubría el hombro derecho. Calzaba botas blancas, que le llegaban a la rodilla. Su ropa era elegante como la de un caballero, pero estaba sucia y arrugada y sus botas llenas de barro, como si llevase varios días de viaje.

De pronto el joven, que había estado observando el palacio, se percató de la mirada indiscreta de la princesa, y la miró también. Durante un momento los verdes ojos de él se cruzaron con los azules de ella. Risam, sorprendida, mantuvo la mirada un momento, pero al fin reaccionó, como si acabara de despertar de un sueño; dio la espalda al mensajero mientras sentía que el rubor cubría sus mejillas y continuó recogiendo flores.

El joven sonrió para sí, y se preguntó quién sería aquella joven. Hija de algún noble seguramente. Tenía algo familiar para él.

Vestía la muchacha un largo vestido de seda azul celeste, y un chal blanco adornado con hilos de plata que le cubría los hombros.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el soldado que había ido a anunciarle al rey.

- Su majestad el rey te recibirá enseguida, mensajero. Te aguarda en el salón. - señaló a un joven que esperaba en la puerta del palacio: - El lacayo te mostrará el camino. - Dicho esto, le saludó con una leve inclinación de cabeza y se dirigió a la joven que recogía flores.

El joven mensajero, después de observar a la joven una vez más, se dirigió al muchacho que le aguardaba en la puerta y los dos penetraron en el palacio.

El lacayo, que no tendría más de quince años, le condujo hasta una gran puerta que había al final de un largo pasillo cubierto de estandartes y armaduras. Tras llamar a la puerta, la abrió y entró, volviendo a salir enseguida, diciendo al mensajero que podía pasar. Cogió la capa del viajero y, tras hacer una reverencia, se alejó por donde había venido.

El mensajero entró en el salón. La estancia era muy grande, aunque tenía pocos muebles. Colgaban de tres de sus paredes grandes cuadros, retratos de importantes antepasados del rey de Brodomar. La cuarta pared tenía tres grandes vidrieras multicolores por las que entraban los rayos del sol matutino, iluminando la estancia con vivos colores.

Entre dos grandes cuadros, al fondo de la estancia, había una chimenea, y frente a ella, había también una mesa baja y alargada y, dándole la espalda, dos grandes sillones de altos respaldos.

De uno de los sillones se levantó un hombre. Era bastante viejo y una larga barba blanca ocultaba el emblema de Brodomar cosido en hilo de plata en la túnica azul que vestía, acompañada por una capa del mismo color con bordados también plateados.

Sobre su cabeza lucía una espléndida corona de plata con incrustaciones de esmeraldas y rubíes. Pero sobre todo ese aire majestuoso y venerable, sus ojos azules y su rostro agradable infundían confianza y un gran respeto.

El anciano rey le miraba sorprendido; de pronto, una enorme sonrisa le iluminó la cara y se dirigió al joven con los brazos abiertos.

- ¡Por Dios! - exclamó el monarca - No puedo creerlo. Zerec, ¿eres tú realmente?

- Lo soy, majestad. Aunque no sé como habéis podido reconocerme después de tantos años.

- Muchos años han pasado, en efecto - dijo Arlem, estrechándole entre sus brazos -; y me parece que fue ayer cuando te veía correr por los jardines de palacio, cuando no me llegabas ni a la cintura. Y mírate ahora - le separó un poco de sí, apoyando las manos sobre sus hombros y mirándole de arriba abajo - eres todo un hombre. Debiste decirle al soldado quién eras. No te habría hecho esperar.

- La espera no fue larga - respondió Zerec, sentándose en el sillón que le indicaba Arlem -, y disfruté contemplando el castillo, que tan buenos recuerdos me trae.

- Debiste venir más a menudo. Te echamos todos de menos cuando comenzaste tus estudios; entonces dejaste de visitarme. Pero hace ya tiempo que debiste terminarlos.

- Sí, mi señor. Pero acabados los estudios, comencé a prepararme para ser caballero; y hace tan sólo medio año que fui nombrado tal.

- ¡Caballero ya! Qué maravilla... Y cómo pasa el tiempo. Tú padre no me contaba apenas sobre ti en sus cartas. De hecho, no me contaba apenas nada de nada. A propósito, ¿cómo se encuentra mi buen amigo Orando?

- Muy bien, señor. Os envía saludos y su deseo de volver a veros muy pronto.

- Yo también estoy deseando verlo. Hace ya más de un año que no viene a visitarme, y yo también me estoy volviendo perezoso a la hora de viajar... y de escribir cartas. ¡Ah, Zerec! - exclamó, reclinándose sobre su sillón y dando unas palmadas en el brazo del joven- No sabes lo que me alegra verte de nuevo. Hoy nadie podría reconocer en ti al joven y desarrapado ladronzuelo que Orando llevó a su castillo hace ya muchos años...

Las risas de los dos hombres se vieron interrumpidas por unos golpes en la puerta. Momentos después entró en la habitación la hermosa joven que Zerec había visto a su llegada al castillo. Este se levantó de inmediato e hizo una reverencia. La muchacha miró interrogativamente a Zerec, y se volvió a su padre.

- Disculpa, padre - le dijo con voz suave y dulce - creí que estabas solo...

- No te preocupes - contestó éste -. Zerec es un viejo amigo nuestro, aunque no creo que tú lo recuerdes. Pasa y acompáñanos.

- Es un placer volver a veros, princesa. Aunque la verdad apenas puedo recordar la última vez que nos vimos hace... más de diez años.

- Sí - comentó Arlem -; tú no debías tener más de tres o cuatro años entonces... - por la expresión de su hija, se dio cuenta de que Risam no entendía a qué se refería-. Perdóname, querida. Con la emoción olvidé presentártelo. Este es Zerec, del reino de mi gran amigo Orando, Arvenamar, quien le acogió y cuidó como su hijo adoptivo. Tiene tres años más que tú. Tal vez lo recuerdes.

- Lamento decir que no, padre, pero como dices, hace tantos años y yo era tan pequeña... En cualquier caso, sí recuerdo haberte oído hablar de él alguna vez. - Se volvió hacia Zerec y le hizo una pequeña reverencia:- Me alegro de conocerlos.

El joven correspondió al saludo, y entonces el rey se percató por primera vez del estado en que se encontraban sus ropas.

- Debes estar agotado de tu viaje, Zerec. Sin duda desearás asearte y comer algo. - Se acercó a la chimenea, junto a la cual colgaba un cordón, y tiró de él.

Al momento apareció por la puerta un lacayo, y el rey le mandó traer algo de comida para el viajero. Un momento después colocaba sobre la mesa una bandeja llena de variadas y jugosas frutas y otra con jarra de vino y dos copas.

El joven disfrutó de las frutas frescas y del vino, aunque el rey le dijo que, tras limpiarse y descansar un poco, haría preparar una estupenda cena para él.

- Te lo agradezco - contestó -; apenas he descansado en mi largo camino hasta aquí, y he venido atravesando las montañas, ya que, aunque es un camino difícil, es también el más rápido. Sin embargo tardé en llegar más tiempo del que imaginaba.

- ¡Pero al fin estás aquí! Y no sabes cuánto me alegro. Me trae tantos y tan felices recuerdos verte aquí...

- Sin embargo, lamento que los motivos que me traen aquí no sean precisamente felices - la princesa, espectadora silenciosa desde uno de los sillones, observó como la expresión de Zerec se volvía seria.

- ¿Qué asuntos son esos?

- Imagino que ya habréis oído los rumores que se están extendiendo tan rápidamente en los últimos tiempos, y que han llegado hasta mi reino.

- ¿Te refieres a los del Reino de Morlo? Sí, por supuesto que los he oído, pero no les he dado ninguna importancia.

- Y yo espero que no la tengan, Majestad. Pero ni mi rey Orando ni yo estamos tranquilos. Todos sabemos que Morlo siempre ambicionó conquistar estas tierras, que son las más ricas y prósperas de los ocho reinos. Sé que Morlo habla mucho y hace poco, peor yo no me confiaría. Negociantes de Arvenamar que pasaron por el Reino de Morlo trajeron noticias de gran movimiento de soldados y extraño comportamiento de la población; alguien les comentó que Morlo estaba preparando algo grande, aunque nadie parecía saber muy bien lo que pasaba.

- La mente de ese hombre está desquiciada - dijo Arlem -. Ese hombre nunca ha triunfado en sus múltiples empeños porque todos fueron preparados por un loco. No te preocupes por él, Zerec. Es demasiado cobarde para declararme la guerra. No importa que el suyo sea un reino de guerreros; el mío es de todas formas mucho más fuerte que él.

- Desearía tener vuestra confianza, pero mi Señor me ha dicho que os haga prometer que si algo ocurre le avisaréis y dejaréis que os ayude. No puedo volver a Arvenamar sin vuestra palabra de que así lo haréis.

- Ya que no me dejas otra opción, creo que lo único que puedo hacer es dártela. Pero ahora... - exclamó poniéndose en pie - dejemos de pensar en estas cosas. Risam, por favor, muestra a Zerec los jardines y dad un paseo. Yo deseo descansar un rato. Ya soy viejo y me canso con facilidad.

Los dos jóvenes se despidieron del monarca y salieron de la estancia. Risam precedía a Zerec por el pasillo hasta una puerta acristalada que comunicaba con una terraza desde la cual se abarcaba todo el jardín, y una escalera que llevaba a una fuente con peces multicolores.

Caminaron por el espléndido jardín durante bastante rato sin intercambiar siquiera una palabra, y cuando el joven se volvía la cabeza hacia Risam, ella miraba a otro lado y aceleraba el paso.

De vuelta al palacio, se detuvieron en la fuente. Zerec apoyó los brazos en la balaustrada de mármol blanco que la separaba del jardín y lo recorrió con la mirada.

- Nada ha cambiado - dijo por fin -. Todo está tal y como lo recordaba. Me entristeció no poder seguir viniendo cuando empecé mis estudios.

- Mi padre dijo que... - comenzó a decir Risam.

- Continúa.

- Dijo que vuestro rey, Orando, os acogió cuando erais un niño... Yo creía que erais su hijo.
  - Como dijo vuestro padre, yo fui adoptado por Orando. Cuando yo le conocí él estaba destrozado porque su esposa, la reina, acababa de morir, y no tenía ningún hijo. Él me encontró cerca del castillo, sin nada más que unos harapos y un pollo que acababa de robar de su cocina. Él me acogió en su hogar para educarme y cuidarme como a su propio hijo, y ha sido desde entonces un verdadero padre para mí.
  - Es una bonita historia - dijo Risam dulcemente. Un pájaro llamó su atención, y levantó la vista hacia el cielo sin darse cuenta de lo bonita que se la veía, con los ojos brillantes y el cabello reflejando los rayos del sol.- Habéis sido afortunado al llegar hoy; creo que hoy es el día más hermoso que hemos tenido esta primavera, y el jardín está más bonito que nunca. ¿No os parece?
  - Ni el más hermoso día de primavera me lo parece tanto comparado con vos. - Las palabras salieron de la boca de Zerec sin pensarlas, y tanto él como Risam se sonrojaron y miraron hacia otro lado nerviosos.
- Comprendiendo su error, el joven buscó rápidamente un tema para cambiar de conversación.
- Desearía que hablarais con vuestro padre sobre Morlo - dijo-; no creo que debamos tomar este tema a la ligera y debería estar preparado para una contienda.
  - ¿Creéis de veras que vaya a declararse la guerra? - Risam se volvió hacia el chico con el rostro lleno de preocupación.
  - No lo sé. Pero Morlo está loco y nada de lo que haga me sorprendería.
  - Dios no quiera que así sea. Temo por mi padre - Risam se sentó en un banco de piedra y miró hacia la fuente con tristeza -. Es anciano; ya lo visteis. No sé si aguantaría una guerra.
  - No subestiméis la fuerza y voluntad de vuestro padre. Al fin y al cabo tiene mucha razón al decir que el ejército de Morlo no tiene nada que hacer contra el suyo. Y vuestro padre es muy fuerte. Más de lo que aparenta, estoy seguro.
  - Tal vez tengáis razón, pero no deseo comprobarlo. No he oído decir nada bueno sobre Morlo, y estoy preocupada por lo que pueda pasar.
  - Morlo fue siempre un hombre avaricioso, pero también muy cobarde. Siempre soñó con ser el rey de Brodomar; pero que dé ahora el paso que tantos años ha estado deseando dar, me parece casi imposible. Lo intentó ya una vez, y salió muy mal parado. No, no creo que lo vuelva a intentar.
  - Sí, pero fue hace más de 25 años. Si lo intenta ahora, las cosas pueden ser diferentes...
  - Princesa - dijo Zerec con tono tranquilizador, poniendo la mano en su hombro -, de veras. No tenéis de qué preocuparos. Ahora, si me lo permitís, iré a cambiarme y a descansar un rato. Espero veros en la cena.

Se despidió con una profunda reverencia y se dirigió al castillo. Risam le observó hasta que hubo entrado y tembló ligeramente al pensar en el joven y en lo que le había dicho. Sacudió la cabeza, intentando expulsar todas las ideas tontas que le estaban viniendo a la mente, y, recogiendo la falda de su vestido azul, se comenzó a subir lentamente las escaleras que llevaban a sus aposentos.

Cuando Zerec se levantó a la mañana siguiente el sol ya estaba muy alto. A los pies de la cama, sobre una banqueta, encontró sus ropas, limpias y bien dobladas.

Se acercó a una de las grandes ventanas por las que entraba la luz y la abrió. Desde allí se veía muy bien la mayor parte del jardín, detrás del cual se levantaba la muralla del castillo, y tras ella las casas de la ciudad de Brodomar.

Volvió la mirada hacia el jardín, donde algo moviéndose le llamó la atención. Era la princesa Risam que, acompañada de una doncella, volvía al castillo. Con su vestido blanco se la veía todavía más hermosa que el día anterior. Si terminaba de vestirse rápidamente, tal vez podría verla de nuevo antes de irse.

En cuanto estuvo listo bajó al salón donde el rey Arlem se encontraba desayunando. Le invitó a hacer lo mismo y el joven se sentó a su lado, preguntándose si Risam habría desayunado ya.

- ¿Cuándo piensas volver a Arvenamar?

- En cuanto termine de desayunar y prepare mis cosas para el viaje. Como os dije, tardé más de lo que creía en llegar, y Orando debe estar preocupado por mí. No quiero retrasarme más.

- Lo entiendo, pero siento que no puedas quedarte más tiempo con nosotros. Me ha hecho de veras muy feliz verte otra vez, Zerec. Ordenaré que preparen todo lo necesario para tu viaje de vuelta.

- Os lo agradezco. Y debo pedir os antes de irme que no olvidéis la promesa que me hicisteis ayer. Acudiréis a nosotros si ocurre algo...

En ese momento entró Risam en la habitación, y Zerec la saludó con una inclinación de cabeza.

- Ven, hija y siéntate con nosotros. Nuestro joven invitado nos deja en cuanto acabe de desayunar y apenas hemos tenido tiempo de hablar.

Zerec vio sincera pena en los ojos de Risam cuando ésta se volvió a decirle:

- Lamento de veras que tengáis que partir tan pronto, pero mi padre y yo estaríamos encantados de recibir os de nuevo muy pronto.

- Yo también lo espero - contestó Zerec. Sonriente miró a la princesa quien, tímidamente, también le sonrió.

Así pues, poco después del desayuno el rey y su hija se encontraban en la entrada del castillo con Zerec, que ensillaba su caballo color carbón y llamas.

- Da recuerdos a tu rey, y dile que os espero a los dos muy pronto.

- Estoy seguro de que él os hace la misma invitación, señor. Yo...

De pronto fueron interrumpidos por un soldado que corría hacia ellos.

- Disculpadme, alteza. Vuestros consejeros os buscaban para comenzar la reunión.

- Lo olvidé. Perdonadme - se volvió hacia los dos jóvenes -; los asuntos del reino me reclaman. Risam, despídete por mí y tú Zerec, ten cuidado en el viaje y vuelve pronto por motivos más felices.

Observaron cómo el rey se marchaba seguido del soldado, y se quedaron solos en un incómodo silencio. Al fin Zerec se volvió a Risam.

- Espero volver a veros muy pronto, princesa. Nunca os olvidaré.

Risam colocó las manos tras la espalda para que él no viera que temblaban, y dijo suavemente:

- Llevad cuidado en el viaje.

Se miraron un momento sin decir nada, y luego él cabalgó sobre su caballo azabache, para dirigirse hacia la puerta de la muralla, donde unos soldados le abrieron paso.

La princesa le observó mientras se alejaba por el camino hasta desaparecer tras una colina. Entonces exhaló un suspiro. Se dirigió a su habitación; allí se sentó en una butaca y cerró los ojos, intentando no pensar en nada.

## Capítulo 2

Cuando Risam se despertó ya había empezado a oscurecer. Le llamó la atención unos golpes en la puerta, y momentos después apareció en la puerta de la habitación el rey.

- Perdona que te moleste, hija mía. No sabía que estabas descansando. tengo algo importante que decirte.

Risam se arregló el pelo con la mano y se acercó a su padre.

- ¿Qué ocurre?

- Ha llegado otro mensajero al castillo; éste ha venido del reino del Oeste. Parece ser que Morlo se dirige hacia aquí con su séquito. Partió de su castillo hace pocos días, de modo que debemos prepararnos para recibirle en cualquier momento.

- ¿Qué se propone ese hombre, padre, viniendo aquí? Sabe que no será bien recibido.

- No sé lo que se propone, pero desde luego no parece por ahora que sus intenciones sean pelear. No te preocupes, hija. De todos modos, aunque se atreviera a atacarnos no podría vencernos.

- Pero he oído decir que su ejército es cada día más poderoso, y sin embargo el tuyo lleva mucho tiempo sin pelear.

- Mi ejército siempre será más grande que el suyo, pero sobre todo, recuerda que esa paz y felicidad en la que nuestros hombres han estado viviendo es la que de verdad motiva y da la fuerza que se necesita para vencer. No te preocupes tanto y... - de pronto le sobrevino un ataque de tos, pero enseguida se le pasó. Su hija lo cogió del brazo y le acompañó a un sillón, donde el anciano rey se sentó. Tras un momento de silencio, Arlem volvió a hablar:- Tranquila, hija, ya estoy bien. Te decía que no debes preocuparte tanto por mí.

- De todos modos, si se declara la guerra, aceptarás la ayuda del rey de Arvenamar, ¿verdad?

- Ya verás como no hace ninguna falta su ayuda, ya verás. - Se levantó del sillón y, después de dar un beso en la frente a su hija, se dirigió a la puerta:- La cena nos espera, no tardes en bajar.

Cuando se cerró la puerta, Risam se acercó a la ventana. Los últimos rayos de sol iluminaban el cielo tiñéndolo de color fuego, hasta ocultarse tras las montañas, las mismas montañas que les separaban del reino de Morlo.

La doncella entró en la habitación en penumbras y corrió las cortinas para dejar entrar la luz del sol. Luego se dirigió a la enorme cama con dosel en la que dormía Risam y la despertó suavemente.

La princesa abrió lentamente los ojos y se incorporó en la cama. Fuera de la habitación se oía un gran alboroto, tanto dentro del palacio como en el exterior. Risam se levantó enseguida y,

cubriéndose con una bata de seda, se acercó a la ventana. Afuera estaba lleno de gente que corría de un lado para otro.

Risam se volvió a su doncella, una muchacha casi de su misma edad, pero de aspecto más maduro por sus años de trabajo en el campo. Vestía un traje negro y blanco y llevaba el pelo recogido en un moño.

- ¿Qué ocurre, Magden? - preguntó Risam - ¿A qué se debe este alboroto?

- Es Morlo, princesa - contestó excitada la doncella. Esta casi a las puertas del castillo, y están todos haciendo los preparativos para su recibimiento.

Risam se sentó en su tocador; Magden soltó la trenza en la que estaba recogido su pelo y comenzó a peinárselo con un cepillo de plata.

- No deberían darle la bienvenida cuando llegue - exclamó de pronto Risam indignada -. Ni siquiera deberían permitirle la entrada.

La joven doncella pareció asustarse al oír esas palabras.

- Por Dios, alteza, no digáis eso. Sabéis que es deber de todos los reinos dar recibimiento y hospitalidad al visitante que viene en paz.

- Lo sé, Magden - dijo más tranquila Risam. Se volvió a la muchacha y le cogió la mano -. Sin embargo, estoy asustada, tú entiendes mejor que nadie lo que pienso. Y además, las dos estamos de acuerdo en que, sean cuales sean las razones que traen a ese hombre a nuestras tierras, no pueden ser buenas.

La doncella asintió tristemente; como Risam había dicho, ella conocía como nadie el temor que la joven princesa sentía por que algo le pasara a su anciano padre. Ayudó a Risam a terminar de arreglarse y vestirse con un largo vestido blanco con el escudo de Brodomar bordado en el pecho con hilo de plata, al igual que otros adornos en el bajo del vestido y las mangas. Se volvió a recoger el pelo en una trenza y se colocó después una corona de plata con piedras preciosas incrustadas.

A media mañana los preparativos para la llegada de Morlo estaban ya terminados, y éste se encontraba, con todo su séquito, a las puertas del castillo. Los soldados de Brodomar, con su uniforme de gala de color plateado, formaban una largo pasillo desde la muralla hasta lo alto de las escaleras de acceso al palacio, donde el rey Arlem y su hija esperaban. El castillo, los magníficos soldados y el venerable rey con su hermosa hija junto a él, formaban un conjunto magnífico que hasta Morlo, rey del reino del Oeste, no pudo dejar de admitir.

Una veintena de jinetes, todos ellos vestidos de gris y rojo, escoltaban a un hombre robusto, de más de cincuenta años, pelo canoso y ojos pequeños, que levantaba la cabeza con actitud orgullosa e irónica; tan estirado estaba que más bien parecía que le estuvieran dando unos terribles dolores de espalda por tener que cargar con todo su peso sobre ese pobre animal. Risam no pudo dejar de sonreír ante su atrevida idea. Pero sobre todo, sintió repugnancia ante la presencia de ese hombre. ¡Iba a tener que hacer un gran esfuerzo para contenerse durante la recepción!

Morlo vestía, al igual que sus soldados, una armadura gris con el escudo de su reino, un pájaro rojo que tanto parecía un águila como un pato. Sus guantes y botas también eran rojas, y una larga capa gris le cubría la espalda.

El rey del oeste hizo señas a uno de sus hombres para que le ayudara a descabalar. Este acto, aunque trató de realizarse de forma digna, resultó muy cómico, al intentar bajar Morlo de su nervioso caballo y casi darse de bruces contra el suelo. Cuando al fin estuvo a salvo en el suelo, dio un golpe al caballo, que, de no ser por uno de los soldados que sujetó fuerte al animal, habría dado a su amo una coza.

Una vez calmado, y recobrada la compostura, se dirigió a Arlem y a su hija, que esperaban inalterables y solemnes ante él. Esbozó una sonrisa cínica y repugnante, según le pareció a Risam, y se dirigió al monarca.

- ¡Vaya, vaya! - exclamó - Pero si es mi viejo amigo Arlem. No sabes cuanto me alegro de verte.

- Bienvenido seáis, Morlo - contestó Arlem, sin inmutarse ante las maneras bruscas y maleducadas del otro -, a Brodomar y a mi castillo.

- ¡Ah, sí, Brodomar! El reino donde crecen - se volvió insolente hacia la joven princesa - las más bellas flores de todos los reinos. ¿No será ésta, por ventura, vuestra hija? He oído hablar mucho de vos, princesa, pero sois aún más hermosa de lo que me dijeron.

Estas palabras, lejos de alcanzar su propósito, disgustaron mucho a Risam, y de pronto la joven sintió mucho frío ante la extraña mirada que le dirigía ese hombre. Comprendió entonces que no era sólo por las historias que había oído de él, por el miedo que tuviera por su padre. Era el hombre en sí y la maldad que emanaba de él lo que daba miedo a la princesa. Olvidando todas las normas de cortesía ante un invitado que no se las merecía, Risam se volvió a su padre, sin dignarse ofrecer un saludo a Morlo.

- Si me disculpáis, padre, me retiraré a mis habitaciones.

- No, por favor - exclamó Morlo -. No nos privéis de vuestra presencia. Al fin y al cabo, el asunto que hoy me trae aquí está relacionado con vos.

- Puedes retirarte, hija - dijo Arlem, sin hacer caso a Morlo. Luego se volvió a éste:- Vayamos al salón. Allí os han preparado algo de comer y beber, y podremos tratar con tranquilidad los asuntos que os traen aquí.

Antes de que la princesa pudiese retirarse, Morlo le dijo, casi en un susurro: - Volveré a hablar con vos, en cuanto vuestro padre conozca mis intenciones.

Hizo una exagerada reverencia que Risam no llegó a ver, porque, recogiendo su vestido para no tropezar, se dirigió casi corriendo al interior del castillo.

Mientras se dirigía a su habitación, Risam se preguntaba que asuntos serían aquellos que Morlo venía a tratar con su padre... relacionados con ella. Sólo pensar en ese hombre hizo que un escalofrío le recorriera todo el cuerpo.

En su habitación encontró a su joven doncella Magden, quien se mostró sorprendida por el aspecto alterado de su princesa.

Las dos muchachas, al ser casi de la misma edad, se entendían muy bien, y más de una vez Risam había pedido consejo a la que consideraba, por encima de todo, su amiga.

- ¿Visteis al rey Morlo? - preguntó excitada Magden - por favor, princesa, contadme. ¿Cómo es? ¿Qué os dijo? ¿Es cierto lo que dicen que tiene los ojos rojos como el demonio?

- Lo vi, Magden. Y, por favor, no quiero recordarlo. Es tan terrible como nos lo imaginábamos. - Pasó a describirle cómo era y lo que había ocurrido durante la recepción de Morlo. - Lo que quisiera saber, es qué tengo yo que ver en los planes de ese hombre.

- A mí tampoco se me ocurre que puede ser lo que... - de pronto sus ojos brillaron.

- ¿Qué ocurre? ¿Qué se te ha ocurrido?

- Nada, princesa, una tontería.

Escucharon de pronto unos gritos, y las dos muchachas salieron corriendo de la habitación hacia el lugar de donde provenían, la entrada del castillo. Bajaron corriendo las escaleras, y al llegar abajo, vieron al rey Arlem, que muy exaltado, como nunca nadie se imaginaría que pudiera ser, gritaba a Morlo. Este, que estaba rojo de irritación, pareció calmarse de pronto al ver llegar a la princesa. Se volvió a ella y exclamó:

- ¡Un momento! ¿Por qué no le preguntáis a ella?

Risam miró a su padre interrogativamente. Éste permaneció en un silencio tenso, por lo que Morlo siguió hablando:

- Veréis, princesa. Todos sabemos que vuestro padre es ya demasiado... mayor. Necesita alguien que le sustituya, o en cualquier momento este hermoso reino se encontrará sin rey y sin ley. Por otra parte, yo soy rey sin mujer ni descendencia. Vuestra hija es conocida por su belleza en muchos, reinos, entre ellos el mío. Imaginad el gran reino que podríamos crear al unir vuestro reino y el mío. Por esta razón, entre otras razones, he pedido al rey vuestro padre que me conceda vuestra mano.

Risam, incapaz de articular palabra, tuvo que apoyarse en la barandilla de la escalera para no desmayarse, impresionada por lo que acababa de oír.

- Bien, hija - dijo Arlem -. Tuya es la decisión.

La muchacha se estremeció. Poco tiempo antes, había aconsejado a su padre que intentara negociar con Morlo antes de pelear, mas nunca se le había ocurrido que ocurriría esto. Y se dio cuenta entonces que, desde la llegada de Morlo al palacio, su padre había imaginado las intenciones del rey del Oeste, y también Magden... Miró a su padre, intentando ver en sus ojos algo que le dijera qué debía hacer, pero él, que sabía lo que había en juego, no podía ayudarla. Unos ojos verdes, profundos y decididos, la observaron de nuevo en su mente, dándole fuerzas para contestar:

- Os agradezco vuestra oferta, pero yo no... Nunca me casaría con vos.

La sonrisa confiada desapareció del rostro de Morlo, y sus ojos brillaron de rabia y humillación.

- ¡Esto no quedará así! - exclamó encolerizado - Yo siempre consigo lo que quiero.

- Os habéis equivocado esta vez - contestó Arlem, sin perder la compostura -. No sé que opinión tendréis de nosotros para imaginar siquiera que os recibiríamos con los brazos abiertos, Morlo, pero sabed que no sois bienvenido ni hoy ni nunca a mi hogar ni a Brodomar. Habéis llegado en paz, y os marcharéis en paz, pero que no caiga la noche antes de que vos y vuestro séquito haya abandonado mis tierras.

Risam vio como Morlo salía del palacio a grandes zancadas, empujando todo y a todos los que encontraba por su lado. Se oyeron grandes gritos y el ruido de caballos fuera del castillo. Risam se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras, pero empezó a sentirse mareada, y sintió cómo unos brazos la sujetaban mientras todo a su alrededor se volvía oscuro.

### Capítulo 3

Cuando despertó, estaba en su cama. Magden, sentada a su lado, le alisaba con la mano la falda del vestido pensativa.

- ¿Cómo os encontráis, princesa?

- Bien, gracias, ¿qué paso?

- Os desmayasteis y os trajeron aquí. Habéis estado mucho tiempo inconsciente. Ya es casi de noche.

- ¿Y...?

- El rey Morlo ya se marchó, y el castillo vuelve a estar tranquilo. Si lo hubierais visto... parecía un perro rabioso, hasta echaba espuma por la boca. Iba gritando que nunca le habían humillado tanto y que se vengaría y conseguiría lo que quería.

- Tal vez no debí rechazarle... - dijo tristemente Risam - Estuve a punto de contestar que sí. Pero no pude hacerlo, cuando vi aquella cara ante mí...

- Cara... ¿Os referís a Morlo?

- ¡No, por Dios! No, bien, era... Bueno, te parecerá una tontería, pero por un momento creí ver a ese caballero, Zerec... - Magden la miró interrogativamente - Sí, ese mensajero que vino de Arvenamar. Oh, no sé, no me hagas caso.

- No, princesa. No creo que sea una tontería - la joven se ríe sin poder evitarlo -; no os dije nada porque creí que le habías olvidado, aunque desde que me di cuenta de cómo le observabais, cuando paseabais por el jardín...

- ¿Nos viste? - Risam sintió cómo se sonrojaba - ¿Qué quieren decir tus palabras?

- Mi princesa, sabéis que yo nunca os ocultaría nada, y por eso debo decir que noté cuando mirabais a ese mensajero, Zerec, algo diferente en vos, que no vi cuando os encontráis con cualquier otro joven, con cualquier otra persona. No creo equivocarme cuando os digo que estáis enamorada.

- ¡No digas tonterías! - exclamó nerviosa Risam. Pero luego bajó la voz, como si tratara de convencerse a sí misma:- Pero si tan sólo le he visto una vez, y casi no hablamos.

- El amor no necesita tiempo para dejarse ver. Sólo que las personas adecuadas se encuentren. No me fue difícil llegar a esta conclusión, al ver cómo os comportabais con él; y es probable que vuestro padre también lo haya notado.

¿Tú crees? - Se llevó las manos a las mejillas, que estaban ardiendo. Se acercó a una de las ventanas que daban al jardín, y su mirada buscó la fuente donde escuchó esas hermosas palabras que le dirigió Zerec, palabras que no olvidaría. - Quién sabe, tal vez tengas razón.

Desde la furiosa salida de Morlo del castillo de Brodomar, varios días atrás, no se había vuelto a tener noticias de él. Lo único que se sabía era que había regresado a su reino del oeste.

Una noche, cuando Arlem y su hija cenaban, el anciano rey se percató de que Risam se encontraba inquieta.

- ¿Qué te ocurre, hija? - preguntó.

- No es nada, padre. Pensaba que... Pensaba en la proposición de Morlo. Pienso que tal vez no hice lo correcto al rechazarle.

- ¿Qué quieres decir? - Arlem casi tiró la copa de vino al dejarla con fuerza sobre la mesa. Sus ojos brillaban con rabia - No digas eso nunca, hija. Jamás hubiera consentido ese matrimonio. Antes preferiría morir luchando contra él que aceptar tal sugerencia.

- ¡No, padre, no digas eso, por favor! Eso es lo que más temo...

- No debes preocuparte tanto por mí. Morlo no conseguirá nunca lo que se propone.

- Pero prométeme que nunca te pasará nada malo, que nunca me dejarás -los ojos de Risam se empañaron de lágrimas mientras cogía de la mano a su padre.

- Quisiera prometerte eso, hija, pero sabes que algún día tendré que dejarte, y ese es mi único temor, dejarte sola, sin nadie que te cuide y te quiera como yo quise a tu madre. No me mires así, hija; lo que quiero es verte feliz, y desearía que encontraras algún joven bueno para ti... - Risam se sonrojó sin poder evitarlo y bajó la mirada. Arlem, que vio su turbación, le preguntó intrigado:- ¿Hay acaso algún joven en quien yo no me haya fijado y tú sí? ¿Podría saber en tal caso el nombre del afortunado?

- Yo... padre, no hay nadie, te lo aseguro. Estoy cansada; si me disculpas, voy a retirarme ya.

- Claro, hija, retírate. Que descanses.

Mientras Risam subía a su habitación, le parecía que había un silencio inusual en el castillo y se sintió de pronto muy sola entre esas enormes paredes. Desde que Zerec apareció todo le parecía extrañamente diferente, y sin embargo no sabía en realidad nada de él. ¿Sería cierto que en ese poco tiempo que pasaron juntos se había enamorado de él? De pronto le vino a la mente otra imagen completamente distinta: esa sonrisa cruel, cuerpo obeso y ojos pequeños y malignos. No pudo evitar estremecerse al pensar en él. Morlo y Zerec; les había tratado a ambos tan poco y sin embargo parecía conocerlos de siempre, y eran tan diferentes como el día y la noche... Risam sabía quien era el día para ella.

Sacudió la cabeza con fuerza. No quería pensar en eso, no quería pensar en nada. Se sentía confundida y deseaba dormir y olvidar todos esos pensamientos que la acosaban los últimos días.

Al llegar a la puerta de su habitación, se sobresaltó al oír un ruido dentro de la estancia. Le sorprendía que Magden ya estuviera allí, esperándola para ayudarla a desvestirse.

Pero dentro de la habitación no había nadie, y sólo había un candelabro con cuatro velas iluminando la habitación, junto a una ventana abierta. Una corriente de aire cerró la puerta de golpe

sobresaltando a la princesa. Risam se rió de sí misma por el miedo infantil que le había entrado sin motivo. Sin embargo sentía los pelos de punta cuando se acercó a la ventana para cerrarla.

Cuando estaba ya llegando a ella, de las sombras de la habitación salió corriendo una figura que, sin dar tiempo a Risam a reaccionar, la apresó, tapándole la boca para que no gritara. Durante unos momentos la joven forcejeó intentando desasirse, y sintió como rasgaba parte del traje del hombre. Pero éste era demasiado fuerte, y Risam sentía asustada cómo le abandonaban las fuerzas. Un momento antes de perder el conocimiento, pudo ver el uniforme rojo y gris del hombre, el uniforme que había visto a los hombres de Morlo.

Magden, como cada noche, subía a la habitación de la princesa para ayudarla a cambiarse. Le sorprendió encontrar las luces apagadas, pero pensó que tal vez Risam se había cambiado y acostado ya. Aún así entraría a ver que todo estuviese en orden.

A pesar de la débil iluminación de la habitación por la luz de la luna, Magden se dio cuenta enseguida de que algo había ocurrido. Había unos muebles tirados junto a una de las ventanas, que se encontraba abierta. Cogió el candelabro de cuatro velas que se encontraba tirado en el suelo junto a una mesa volcada, y utilizando la vela que traía ella lo encendió. Se asomó por la ventana, esperando ver algo moverse en el jardín, pero allá fuera el silencio y la oscuridad eran totales.

Al darse la vuelta le llamó la atención un pequeño trozo de tela gris con un bordado rojo que enseguida reconoció, y su mirada se llenó de miedo. Su primer pensamiento fue correr en busca del rey Arlem, pero en la puerta de la habitación se detuvo. Recordó cuántas veces le había hablado Risam de su miedo, y de que estaría dispuesta a cualquier cosa con tal de que no comenzara la guerra... A cualquier cosa menos a casarse con Morlo, y ahora... Si se lo decía al rey, todos los temores de la joven princesa se harían realidad. Porque sentía que Risam se lo pedía, no podía avisar a Arlem. Pero entonces, ¿a quién acudir?

El rostro se le iluminó ante una nueva idea. Tal vez hubiese una persona que pudiese ayudarla. Ella no le conocía, pero tampoco su princesa, y sin embargo desde el primer momento había sentido confianza en él. Quizá él no quisiera ayudarla, o



no pudiese, pero debía intentarlo al menos. Si no podía, entonces tendría que volver y explicarle a Arlem todo lo que había pasado. Pero primero iría al Este en busca del hombre que en el fondo sabía la ayudaría.

Con esta resolución, colocó un poco los muebles caídos y, escondiendo el pedazo de tela en la manga de su vestido, salió de la habitación. En poco tiempo se encontraba ya fuera del palacio, con un caballo que había cogido de los establos, y cubierta por una capa oscura.

Se dirigió a casa de su hermano, un campesino que vivía en el pueblo, y sin demasiadas explicaciones le convenció de que le acompañara al reino de Arvenamar. Comenzaba a amanecer cuando los dos hermanos pasaron el límite de las tierras de Brodomar para internarse en las montañas.

## Capítulo 4

Tres días más tarde llegaban a las puertas del castillo de Arvenamar dos cansados viajeros, un hombre y una mujer. Iban sucios y sus caballos parecían agotados, pero los soldados que guardaban la entrada al castillo no parecía que les fueran a dejar entrar.

- ¿Quién sois y que queréis?

- Venimos del reino de Brodomar - respondió Magden- y traemos un mensaje importante para el caballero Zerec.

- No puedo molestarle ahora para tonterías. Dadme el mensaje si es tan importante, o volved por la tarde, tal vez entonces os reciba.

- ¡No puedo esperar! -los ojos de la doncella se llenaron de lágrimas. Si después de todo esto no podía hablar con él. Bajo del caballo y trató de calmarse- Necesito hablar con él, no puedo deciros para qué, pero es muy importante que le vea. Si le dijerais que hay dos personas de Brodomar preguntando por él...

- Ya os he dicho que no...

- Un momento - una voz que venía del interior de la fortaleza hizo sobresaltarse a los dos viajeros, y el soldado se irguió e hizo a un lado. Momentos después apareció ante ellos Zerec, que llevaba a su caballo cogido de las riendas.

- Iba a salir a cabalgar pero - miró hacia los dos viajeros:- ¿Decís que venís de Brodomar?

El corazón de Magden saltó de alegría al verle, y entonces las lágrimas de cansancio, miedo y desesperación salieron por fin a sus ojos.

- Mi señor Zerec, por favor necesito hablar con vos. Tengo un mensaje importante que daros.

El joven la miró interrogativamente. Dio una orden a los soldados, quienes permitieron el paso a los viajeros, y les dejó su caballo en manos de uno de los soldados para que lo llevara a los establos. Luego guió a los dos hermanos al patio del castillo, y allí por fin les habló, dirigiéndose a Magden.

- Recuerdo haberte visto en el castillo de Brodomar. ¿No eres tú la doncella de... de la hija del rey Arlem?

- Así es, mi señor. Mi nombre es Magden, y éste es mi hermano, Arzón. Necesito hablaros cuanto antes en un lugar donde nadie pueda escucharnos...

Zerec, que se daba cuenta de lo nerviosa que estaba la joven, no hizo preguntas. Llamó a un lacayo para que se hiciera cargo de los caballos, y luego invitó a los dos hermanos a acompañarle.

- Yo esperaré aquí - dijo Arzón cogiendo las riendas de su caballo y acompañando al lacayo, que llevaba el de su hermana.

Magden siguió a Zerec por largos corredores del impresionante castillo, si bien no tan grande como en de su rey sí igual hermoso. El joven la llevó hasta una sala grande y ricamente amueblada, con tapices que caían de todas las paredes, escudos y armas colgados entre varios cuadros de reyes.

La joven se fijó en Zerec mientras se quitaba la capa que había llevado para cabalgar. Llevaba un traje negro, con el emblema de Arvenamar bordado en oro en el pecho. Su cabello negro le caía desordenado hasta los hombros, recogido en parte por una cinta que le pasaba por la frente, y sus ojos verdes y rostro bronceado le hacían muy atractivo. Mirarle le hacía recordar a Risam, cuando tan sólo unos días atrás le hablaba de él.

Zerec la sacó de sus pensamientos al quitarle la capa llena de polvo e invitarla a sentarse frente a él. El rostro del joven se volvió serio.

- Dime, ¿qué ha ocurrido, qué te ha hecho venir a mí desde tan lejos?

Entonces Magden le contó, intentando reprimir las lágrimas, todo lo ocurrido la pasada noche en Brodomar. Al terminar sacó de su manga el pedazo de tela y se lo entregó a Zerec, quien lo estudió largo tiempo sin decir nada. Al fin levantó la cabeza y dijo:

- Pero, ¿por qué acudiste a mí? Debiste decirle todo esto a tu rey Arlem.

- No podía. Si se lo decía, éste mandaría a su ejército contra Morlo. ¿No os dais cuenta? Es lo que ese hombre quiere, comenzar una guerra; teniendo a la princesa en su poder tendría además una gran ventaja. Y mi princesa no querría no se perdonaría nunca que por ella se declarase la guerra. Por eso yo no podía... sólo tenía una salida, y era venir a veros a vos. Pensé que vos me ayudarías, que sabrías qué hacer.

- Pero yo, ¿por qué no a mi rey Orlando?

- Porque él también declararía la guerra a Morlo y porque... - de pronto calló sin saber cómo explicar la confianza que Risam había sentido en él y que había contagiado en ella. Se sonrojó intensamente. También Zerec estuvo a punto de decir algo, pero calló. Ahora miraba a la doncella, aunque sus ojos parecían mirar más allá. Sonrió un momento, pero enseguida se puso serio. Se levantó del sillón y miró a Magden con aire resuelto.

- Has hecho bien en acudir a mí. Si Arlem u Orando lo supieran, no dudarían en declarar la guerra a Morlo. Si Arlem no sabe qué le ha ocurrido a su hija o quién ha podido llevársela, no hará nada por el momento, aunque estoy seguro de que ya imagina que ha sido obra de Morlo.

- Pobre rey mío - gimió Magden -. Con lo que quiere a su hija. Y pobre princesa... Quién sabe qué hará con ella ese miserable de Morlo...

- No te preocupes - Zerec se acercó a ella intentando calmarla-. Risam confió en ti, y esa confianza que ahora habéis puesto en mí no la traicionaré. Te prometo que pronto volverás a ver a tu princesa, a salvo y en Brodomar, feliz junto a su padre.

- Ojalá así sea, ¿pero cómo?

- No sé... Creo que la única forma de poder llegar al castillo es ir yo solo. De otra manera no podría llegar allí sin llamar la atención. Tú volverás con tu hermano a Brodomar tan pronto como hayáis descansado, y allí esperaréis noticias. No debéis decirle nada a Arlem por ahora. Pero ahora será

mejor que tú y tu hermano vayáis a descansar y a comer algo. Ve ahora en busca de Arzón y un lacayo os atenderá.

Cuando Zerec por fin se quedó solo y tras saber que los dos hermanos de Brodomar habían sido atendidos, se acomodó en un sillón y cerró los ojos. En su mente apareció el dulce y delicado rostro de la hermosa joven de rubios cabellos y ojos azules como el cielo.

A la hora de la cena, cuando Zerec bajó al salón, encontró a los dos hermanos esperándole. Estaban aseados y les habían dado ropas limpias, y tanta comida que haría ya no tenían hambre. Tampoco Zerec tenía apetito, pues no podía pensar en otra cosa que en Risam, por lo que se dirigieron a un extremo del enorme salón, donde ardían unos troncos en la chimenea de piedra, frente a unas butacas, en las que Zerec les indicó se sentaran.

El joven se disponía a explicarles el plan al que había estado dando vueltas durante toda la tarde, cuando la puerta del salón se abrió, dando paso a un viejo criado de librea negro y oro.

- El rey se dirige hacia aquí, mi señor.

- Está bien, Robenes, gracias. - Zerec se dirigió a sus acompañantes:- Arzón, imagino que tu hermana te habrá puesto al corriente de lo que pasa -éste asintió-, y sé que puedo confiar en ambos; ahora debéis dejar que yo hable y seguirme la corriente. El rey Orando no debe sospechar el motivo de vuestra visita. Cuando podamos estar solos os explicaré mi plan.

En ese momento la puerta volvió a abrirse y un hombre de unos sesenta años, de pelo canoso y pequeña barba entró en la estancia. Vestía una túnica plateada y le caía sobre la espalda una capa negra. Sobre la cabeza una corona de oro e incrustaciones de piedras preciosas, no exagerada pero impresionante, le daban un aspecto soberbio, pero su rostro parecía más bien el de un hombre sencillo y muy alegre.

Se levantaron de sus asientos, y los dos hermanos de Brodomar hicieron una profunda reverencia.

- Buenas noches, padre - dijo Zerec -. Os creía ya acostado.

- Parece que nuestro capellán sólo encuentra tiempo para sus charlas metafísicas conmigo justo cuando decido ir a descansar. He estado hablando con él varias horas... No creo conocer a tus acompañantes.

- Son dos campesinos de tu pueblo, que vinieron a devolverme algo que perdí ayer por la tarde, y quise agradecerse los invitándoles a quedarse esta noche en el castillo.

- ¿Y qué es lo que perdiste?

- Mientras cabalgaba se me cayó en el bosque el medallón me regalasteis hace años; no quise decírtelo para que no te disgustaras, y estos dos jóvenes que encontré se ofrecieron a buscarlo.

- Yo también os agradezco que lo hayáis encontrado. Ese medallón tiene un gran valor para mí. - Aunque su tono era serio, Zerec se dio cuenta, por la mirada que le dirigía, que no creía la historia que le había contado. Además de no tener los dos hermanos el aspecto de las gentes de Arvenamar, peculiar por su contacto directo con el mar, en todos los años que Zerec había tenido ese medallón, regalo de Orando el día que decidió adoptarle, nunca lo había perdido ni se había desprendido de él.

Ahora Orando miraba divertido a Zerec, intentando imaginar qué tramaba, pero como el muchacho no parecía dispuesto a decirle nada, se encogió de hombros y se despidió de los jóvenes.

- Mañana por la mañana recuerda venir a hablar conmigo, Zerec. Hace mucho que no hablamos tranquilamente.

- Muy bien. De hecho quería hablaros de un pequeño viaje que estaba planeando hacer... Pero ya hablaremos mañana.

Los hermanos de Brodomar hicieron una reverencia, y el rey salió de la estancia.

- ¿Ocurre algo, señor? - preguntó Arzón, observando el rostro divertido de Zerec.

- No ha creído mi historia. La verdad es que lo imaginaba, pero es lo primero que se me ocurrió. Yo nunca habría perdido ese medallón y, por otro lado, vosotros no parecéis en modo alguno campesinos de Arvenamar. Mientras no se entere de dónde venís realmente, no habrá problema, pero mañana sin duda cualquiera de sus lacayos se lo dirá, y entonces tendrá mucha curiosidad por vosotros. Por ello es mejor que salgáis en cuanto amanezca. Pero dejad que os explique qué vamos a hacer:

«Como os he dicho, mañana, lo antes posible, os pondréis en camino hacia Brodomar. Le entregaréis a Arlem este pergamino - entregó a Arzón un pergamino enrollado, que había estado ocultando hasta ahora bajo su capa- . en él le explico lo que ha ocurrido y lo que pretendo hacer. Pero no debéis dárselo enseguida; esperaréis varios días, en los cuales no podréis decir nada a nadie. Inventad cualquier excusa, pero nadie debe saber dónde habéis estado ni quién se llevo a la princesa.

«Yo también partiré del castillo mañana, en cuanto consiga convencer al rey de que lo que planeo no es sino una visita a unos amigos que tengo en el Sr. No sé cuánto tardaré en llegar al reino de Morlo, pero no creo que pueda llegar antes de una semana».

- Pero, señor - dijo Arzón-. Muchos podrían reconoceros. AL fin y al cabo, muchos mercaderes y viajeros deben haberos visto.

- Nadie se fijará en mí si me visto como un mercader del Sur, de algún reino como Tarascot, que viene en busca de buenos caballos . Iré con un nombre supuesto, Serem de Tosca. Mientras, vosotros en Brodomar esperaréis noticias mías. Si algo ocurriese buscaría la forma de ponerme en contacto con vosotros, y entonces le daréis el mensaje a Arlem, pero no antes.

- Es peligroso que vayáis vos solo. Tal vez yo debería acompañaros - Arzón sintió como su hermana cogía su mano con fuerza.

- No - contestó Zerec -. Tú debes acompañar a Magden de vuelta a Brodomar, y como ya os dije, será menos peligroso si voy solo. Lo he pensado mucho, y sé que no hay otro medio de salvar a Risam. - Se pudo en pie - Ahora id a vuestras habitaciones. Mañana mi criado Robenes os despertará antes de que salga el sol.

Poco después de que saliera el sol Robenes entró en la habitación de Zerec, pero no lo encontró durmiendo. Estaba de pie, junto a la ventana, observando pensativo el paisaje. Había pasado allí casi toda la noche, sin poder dormir y sin pensar en otra cosa más que Risam. Se había enamorado de ella cuando la vio la primera vez, recogiendo flores. Ahora ella estaba prisionera en el castillo de Morlo, y su destino y tal vez su vida dependían de Zerec. No sabía si ella le correspondía, pero eso no le importaba. Sin embargo, Magden había acudido a él sin duda porque pensó que la princesa así lo hubiera querido. Y este pensamiento le llenó de felicidad.

Se vistió con las ropas que Robenes le había traído. Un traje negro y botas rojas, y una larga capa, también negra ocultando la espada que llevaba en el cinto; y por último un sombrero de ala ancha que cubría su cara. Tenía un aspecto magnífico, pero con ese atuendo no podrían reconocerle, y de noche podría esconderse fácilmente.

Tras hablar con Orando y darle los nombres de todos los caballeros a los que pensaba visitar en su viaje a Tarascot, el itinerario que seguiría y el tiempo que pensaba permanecer allí, consiguió que éste le permitiera marcharse enseguida, sin darle tiempo a enterarse de nada acerca de las visitas de Brodomar.

En las caballerizas Robenes le aguardaba con el hermoso caballo negro ya ensillado, con una manta, víveres para el viaje, y una pequeña jaula con una paloma dentro.

- Recuerda bien, Robenes. Si esta paloma vuelve sin mí, ya sabes lo que debes hacer. Si me encuentro en peligro la dejaré libre para que vuelva aquí. Entonces mandarás un mensajero a Brodomar y explicarás todo al rey Orando.

- No os preocupéis, señor. Marchad tranquilo y, por favor, cuidaos. Rezaré a Dios por vos y por que vuestra misión tenga éxito.

Un momento después desaparecían jinete y caballo por el bosque, en dirección al Oeste, al reino de Morlo.

## Capítulo 5

El sol se ponía tras las montañas que separaban el ahora silencioso pueblo del Oeste. Las calles estaban tranquilas y sólo se oían murmullos dentro de las casas, ruido de animales, perros callejeros que rebuscaban entre los desperdicios algo de comer y alguna persona andando por las estrechas y sucias callejuelas. Todo tenía un aspecto descuidado y sucio. Sin duda Morlo no tenía mucho interés en lo que ocurriese fuera de las paredes de su castillo.

Sólo en la posada, cada vez con más gente, había verdadera vida. Gritos, risas y cantos se confundían en un aire casi irrespirable por el olor a humo, alcohol y gente que venía directamente de un largo día de trabajo en el campo para divertirse.

El posadero, hombre robusto ya entrado en años, que llevaba un delantal que tal vez en un tiempo fue blanco, lo vio llegar y le salió al paso.

- Buenas noches, caballero. Parecéis cansado y la noche es fría. ¿Por qué no venís a mi posada? Allí podréis descansar y os serviremos la mejor comida que hayáis probado nunca.



- No es mala idea - dijo el hombre descabalgando de su caballo. Se quitó un momento el sombrero, sacudiéndolo para quitarle el polvo que había cogido durante el camino, y se lo volvió a poner enseguida.- El camino ha sido malísimo y estoy muerto. ¿Tendréis alguna habitación libre?

- Por supuesto, señor.

- Está bien. Necesito tomar algo enseguida. Pero primero llévate a mi caballo y cuida de que esté bien atendido.

- Muy bien... - el animal se volvió inquieto cuando el desconocido le cogió de las riendas.- Es un magnífico animal, ¿dónde lo comprasteis?

- En una feria en Taromar. Soy mercader de caballos, y me han dicho que en el reino de Molo puedo encontrar buenos ejemplares, y hacia allí me dirijo.

- Pues ha llegado al final de su viaje, señor. Se encuentra en el pueblo de Morlo; está usted casi a las puertas del castillo. Espero que se quede unos días aquí...

- Es posible - contestó mientras quitaba el equipaje del lomo de su caballo y se dirigía al interior de la posada. El posadero, tras dejar rápidamente el caballo al cuidado de un mozo del establo, volvió corriendo junto a su ilustre cliente, que debía llevar mucho dinero para gastar. Este sonrió para sí. El posadero era un charlatán, y tendría que tener cuidado con lo que decía en su presencia, pero, por otro lado, podría enterarse de muchas cosas a través de él.

El viajero se dio a conocer en la posada como Serem de Tosca, mercader de caballos de Tarascot, y como tal se enteró de lo difícil que iba a tener conseguir un buen caballo, ya que los mejores eran confiscados y llevados al castillo, donde parecía que Morlo estaba organizando algo. Nadie decía nada, pero al hablar de Morlo, al ambiente festivo de la posada se apagaba y una sombra cruzaba por todas las miradas. Sin embargo, dijo alguien, parecía ser que Morlo estaba de muy buen humor los últimos días, y hasta se hablaba de una fiesta.

Si en algún momento Zerec tuvo dudas de que Risam estuviese en el castillo, ya no le quedó ninguna.

Tras satisfacer su apetito y comprobar que su caballo se encontraba bien, Zerec se retiró a una pequeña habitación, amueblada tan sólo con una tosca mesa de madera y una cama con mantas de piel de cabra. El posadero había hecho limpiar a fondo la habitación, para que el rico cliente se encontrara a gusto, pero estaba claro que no tenían muy claro cómo se limpiaba, porque todo estaba lleno de polvo y bajo la cama se escondía toda la basura.

Abrió la ventana que desde una de las paredes daba a la plaza del pueblo, ahora vacía. Tras ella se levantaban las murallas del castillo de Morlo. Allí, tan cerca de él, pero a la vez tan lejos, se encontraba Risam, y allí iría Zerec a rescatarla.

Cuando Risam despertó se encontró en una habitación desconocida para ella, totalmente a oscuras. Sentía dolorido todo el cuerpo y la cabeza le daba vueltas; apenas podía pensar con claridad. De pronto recordó lo que había pasado, y sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

No sabía dónde estaba, ni cuánto tiempo llevaba inconsciente; podía llevar horas o días. Ni siquiera sabía si era de día o de noche. Lo único que sabía es que, donde quiera que estuviese, sin duda se encontraba en el reino de Morlo o de camino hacia allí.

La puerta se abrió de golpe y apareció una figura en ella. Le veía a contraluz, por lo que no podía ver su aspecto, pero era sin duda un hombre muy grande. Ahora se movía por la habitación a grandes zancadas y un momento después Risam sintió como la luz del sol entraba cuando el hombre abrió las contraventanas de una ventana.

La joven, molesta por la luz, entrecerró los ojos. El hombre llevaba el uniforme de Morlo; su aspecto grotesco y su rostro rudo la llenaron de miedo cuando se volvió hacia ella, observando sorprendido que ya estaba despierta. Se acercó al camastro donde la joven yacía, y ésta asustada se sentó en la cama, pegándose lo más posible a la pared. Era sin duda el mismo hombre contra el que había luchado en su habitación. Entonces el soldado llamó a gritos a alguien, y un momento después entraba en la habitación otro soldado.

- Vaya, parece que la palomita ya ha despertado. -Hizo una burda reverencia y dijo a Risam con sarcasmo:- Buenos días, princesita. Esperamos que hayáis dormido bien.

Al contrario que el otro hombre, que parecía un poco tonto, éste era pequeño y delgado, y su rostro de nariz aguileña y ojos desorbitados como los de un loco le daban un aspecto aún más siniestro.

Risam era incapaz de moverse o decir nada. Sólo podía mirar llena de temor a esos dos hombres que hablaban y se reían burlándose de ella. Pero cuando uno de los soldados comentó los días que llevaban ya de camino, la princesa se irguió asombrada.

- ¡Seis días! - exclamó. Llevaba seis días sin sentido. Quién sabe qué estaría haciendo su padre en estos momentos. Sin duda ya se habría enterado de que había sido raptada.

- Sí, princesita. Habéis dormido mucho. Y ahora que os habéis despertado, os llevaremos con nuestro señor. Será mejor que os arregléis un poco. Por fin hoy entraremos en el castillo y tenéis que estar presentable o le haréis enfadar. Y nadie querría ver a su majestad enfadado, ¿verdad? - Miró a Risam de una forma que la muchacha prefirió no decir nada.

Cuando los dos soldados hubieron salido de la habitación, Risam respiró aliviada. Escuchó cómo cerraban la puerta con llave desde fuera y sus risas se perdieron por el pasillo. Cuando estuvo segura de que no iban a entrar de nuevo, se levantó de la cama con esfuerzo. Se sentía débil y mareada, pero tenía que encontrarse bien para hacer frente a Morlo cuando se encontrase con él.

La habitación donde se encontraba era muy pequeña y estaba muy sucia. Los únicos muebles eran la cama donde había dormido una mesa y, tirada en el suelo en una esquina, una silla a la que le faltaba una pata. Por la pequeña ventana apenas podía verse nada pues los cristales estaban sucios y la ventana tan alta que apenas llegaba a ella. Como único complemento colgaba de una de las paredes un espejo roto, donde Risam, tras el polvo que lo cubría con la mano, se miró y dio cuenta de lo pálida y delgada que se encontraba. Debía haber estado enferma.

Se peinó con las manos el alborotado cabello y trató de arreglar un poco el vestido, que estaba arrugado y sucio. Se asomó como pudo por la ventana. Apenas podía ver nada, aunque, por los ruidos y voces que oía, imaginaba que estarían en un pueblo. Ya debían estar en el reino de Morlo, seguramente en el pueblo al lado del castillo. Alejándose de la ventana, cerró los ojos, rezando par que todo fuera un mal sueño y, al abrirlos de nuevo, se encontrara de nuevo junto a su padre en Brodomar. Desalentada se dejó caer en la cama y comenzó a llorar, al pensar en la terrible situación en la que se encontraba.

Un rato después entró un soldado en la habitación e informó a Risam de que saldrían enseguida. Le entregó una capa gris y le ordenó que se la pusiera de modo que le cubriese completamente el rostro y el vestido. No hizo falta que le advirtiera lo que le pasaría si trataba de hacer o decir alguna tontería.

Risam caminaba junto a los dos soldados, con lo que era imposible intentar huir o acercarse a alguien de la posada donde - ahora sabía - se encontraban. Bajaron las escaleras y se encontraron en una amplia sala llena de sillas y mesas donde dos mozos limpiaban y unos borrachos dormían la resaca de la noche anterior. El olor de alcohol y de sudor no había desaparecido todavía, y el posadero, un hombre gordo y malhumorado, gritaba a los dos chicos que había que terminar antes de la noche. Cuando vio a los tres singulares personajes bajar la escalera corrió solicitó hacia ellos.

- ¿Se van ya? Espero que hayan tenido una buena estancia - Se volvió a Risam:- Me alegra ver que la señora ya se encuentra bien. Si quieren tomar algo antes de irse...

- ¡Basta! -le interrumpió el soldado pequeño de nariz aguileña-. Tenemos mucha prisa. Aquí tienes tu dinero - puso en manos del posadero una bolsa llena de monedas- y un poco más. Ahora, recuerda. Nosotros no hemos estado aquí, y no has visto siquiera a esta mujer.

El posadero asintió mientras guardaba la bolsa de dinero bajo el delantal. Sin mediar una palabra más, los soldados condujeron a Risam a los establos, donde un carruaje cerrado con dos caballos les esperaba. Hicieron a Risam entrar en el carruaje, y mientras el soldado de aspecto gigante se sentaba junto a ella, el otro cogió las riendas y dirigió a los caballos hacia el castillo de Morlo.

Risam veía como en una pesadilla cómo se iban acercando a las murallas, de donde le parecía nunca podría escapar, sin la más mínima sospecha de que, precisamente en esos momentos un joven de pelo negro y ataviado con ropas del mismo color, se dirigía rápidamente hacia ella dispuesto a cualquier cosa.

Al fin llegaron ante las puertas del castillo, guardadas por varios soldados que enseguida les permitieron el paso, y un momento después Risam era obligada a bajar del carruaje, encontrándose frente al palacio, una enorme construcción que, si bien se veía impresionante, parecía demasiado ostentosa, mientras que los jardines y alrededores se veían casi abandonados.

Sin quitarse todavía la capa, Risam fue conducida al interior del palacio, a una sala llena de tapices, cuadros y elementos de oro y plata, colocados de forma tan ostentoso como se encontraba el resto del palacio, pero sin ningún orden ni gusto. Sin embargo la princesa no se interesaba en la sala, sino en el hombre que, sentado al fondo de ésta, en una butaca de alto respaldo, la observaba. Se levantó e hizo señales a sus dos hombres para que se alejaran. Estos dejaron a Risam en el centro de la habitación, y se dirigieron a la puerta, donde esperaban de pie cualquier señal que su rey les hiciera. Morlo se acercó a Risam lentamente, mientras esbozaba una sonrisa de satisfacción. Llevaba una larga capa de terciopelo sobre una túnica roja.

- Bienvenida seáis, princesa - exclamó de pronto haciendo una absurda reverencia. Risam se hubiera reído ante su estúpido esfuerzo por parecer impresionante, si no estuviese tan asustada-. Espero que hayáis tenido un buen viaje, aunque se os ve cansada. Haré que os preparen un baño y ropas limpias. descansad y recobrad ánimos, porque sois la invitada de honor de mi fiesta esta noche.

Risam veía casi como si estuviera sonámbula, cómo Morlo ordenaba a sus hombres acompañarla a su habitación y era conducida a ella, para cerrar la puerta tras ella, dejándola sola en la enorme estancia. Todo era lujo en ella. En el centro, una enorme cama con dosel, de sábanas de seda. A un lado de ésta, un tocador con un espejo de marco de oro, y al otro lado de la estancia, un sillón frente a una chimenea encendida. De las paredes colgaban algunos cuadros, pero, afortunadamente a Morlo no se le había ocurrido colgar ningún retrato suyo. Las ventanas daban al este, la puerta por donde había llegado ella al castillo, pero estaban muy altas. En una banqueta, a los pies de la cama, encontró un vestido blanco con bordados negros, y una capa completamente blanca.

En un arrebato, deseó tirar el vestido a la chimenea, pero se encontraba sucia, cansada, y necesitaba ponerse algo limpio. Además, no convenía enfurecer a Morlo por algo tan insignificante.

Se acercó a una de las ventanas. Tras las murallas del castillo podía ver los tejados de las casas del pueblo, y más allá, las altas montañas que la separaban de Brodomar, donde estaría su padre

terriblemente preocupado por ella. El no debía saber quién la había secuestrado, pero lo supondría. Sin embargo su padre era sobre todo un hombre juicioso, y no declarararía la guerra a Morlo así sin más. Risam rezó para que así fuera, pero calló al comprender que, sin saberlo su padre, no tenía nadie que la ayudara, y por tanto ninguna esperanza de salir de allí, a no ser que ella misma intentara algo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un soldado que abrió la puerta. Tras él venía una niña, vestida con un traje negro, visiblemente nerviosa.

- La doncella te ayudará en lo que necesites - dijo el soldado -. Morlo desea que te pongas muy hermosa para él.

Riendo estruendosamente, cerró la puerta dando un portazo, y dejó a las dos jóvenes solas. La niña - no debía tener más de trece años-, hizo una reverencia, y permaneció en silencio y sin moverse, como si temiera que Risam le fuera a hacer algo. Risam sintió confianza hacia esa niña de mirada tan inocente, en un lugar donde sólo había esperado encontrar personas malas y vacías. Hizo un gesto a la niña para que se acercara y le levantó el mentón para que la mirara a los ojos.

- ¿Cómo te llamas?

- Manés, princesa.

- No me tengas miedo, Manés -su suave voz parecía tranquilizar a la muchacha-. Soy yo, al fin y al cabo, la que debería estar asustada, a la que parece que han traído al matadero. -Manés la miró escandalizada y se volvió a todos lados, esperando ver aparecer a alguien para reprenderlas.- Dime, ¿qué edad tienes?

- Tengo once años. - Era muy joven para trabajar de doncella, aunque Risam se dio cuenta de que Morlo sin duda la había puesto al servicio de Risam precisamente por eso; era demasiado joven y tenía demasiado miedo a su rey para hacer nada que pudiera estropear sus planes. - Trabajo en el castillo desde los siete años. Antes vivía en el pueblo, con mi padre, pero él murió, y como no tenía otra familia vine a trabajar al castillo. Pero siempre he ayudado en la cocina, nunca antes fui doncella.

- No te preocupes - Risam se sentó e invitó a Manés a imitarla-. No necesito una doncella, lo que sí voy a necesitar es una amiga o no soportaré esto.

- Yo... Siento mucho lo que os ha pasado, princesa. Debe ser terrible para vos.

- Lo es, Manés. Pero no quiero pensar en ello. Lo peor es saber que estoy en manos de ese hombre tan repugnante sin saber el motivo, mientras que mi padre se encontrará en Brodomar, muy preocupado por mí, sin saber dónde o cómo estoy.

Sin poder controlar ya sus emociones comenzó a llorar, y Manés se acercó a ella cogiendo sus temblorosas manos.

- Dejadme que sea vuestra amiga, princesa, porque aquí no encontraréis nadie que odie tanto a ese hombre como yo. En realidad todo el pueblo está descontento con él, pues a los únicos a los que trata bien son los hombres de su ejército, y, mientras que el pueblo es cada vez más pobre, él deja a sus hombres que saqueen nuestras casas y guarda toda la riqueza para él. Pero, como os dije, su

ejército es demasiado fuerte para que unos pocos campesinos puedan levantarse contra él. Y ahora, que prepara algo que nadie sabe qué es, todo el mundo tiene miedo. -Miró a su alrededor nerviosa y se irguió de pronto:- Será mejor que os ayude a vestiros para la cena, princesa. No quisiera que mi señor se enfadara conmigo.

Con la ayuda de la doncella, Risam se puso el largo vestido blanco y se hizo una trenza como una corona dorada, dejando el resto del pelo caer libre por su espalda.

Al poco rato entró un soldado en la habitación para informar a Risam de que Morlo la esperaba en el salón. La condujo por una serie de corredores, en todos los cuales había al menos algún soldado de guardia, hasta una gran habitación, lo que sería sin duda el salón de banquetes. Sin embargo en toda la estancia no había más que una enorme mesa con unas fuentes de comida y dos mesas, en una de las cuales estaba sentado Morlo. Este se puso en pie al verla llegar, e hizo señas al soldado para que les dejara solos. Entonces se volvió a la princesa con una siniestra sonrisa llena de satisfacción.

- Bienvenida a la fiesta, princesa. Os encuentro más hermosa que nunca esta noche, aunque espero ver más felicidad en vuestra cara al final de la velada. -Hizo señas a Risam para que se sentara en la silla que tenía a su derecha. Volvió a sentarse y sin delicadeza ni educación alguna arrancó el muslo del pavo asado que tenía frente a él.- He decidido despedir a los demás invitados para que estemos más tranquilos.

Risam dudaba que existieran esos invitados; además ningún caballero respetable aceptaría nunca una invitación de este hombre. Se sentó junto a Morlo con la cabeza alta, tratando alejar su silla lo más posible.

Morlo, lleno de aceite las manos y la cara por el pavo, arrancó el otro muslo y se lo acercó a Risam, que asqueada volvió la cabeza.

- Vamos, princesa. Bajad esos humos. Si vais a estar mucho tiempo aquí, deberías aprender a ser más sociable.

Risam, sin poder contenerse, se puso en pie y encaró a Morlo

- ¿Qué es lo que os proponéis? Sabéis que no podéis retenerme aquí mucho tiempo. Mi padre vendrá a por mí en cualquier momento y entonces tendréis que rendirle cuentas.

- Olvidáis que vuestro padre no sabe que estáis aquí. Pero no os preocupéis, que pronto se lo haré saber, y entonces aceptará cualquier trato que yo le pida.

- Estáis muy seguro...

- Desde luego, porque en la visita a vuestro castillo me di cuenta de que, por encima del palacio, el reino o cualquier cosa, vos sois lo más importante para vuestro padre. Nuestra alianza matrimonial es una gran idea, pero vuestro padre no la aceptó. ¿Por qué? Porque es capaz de lanzarse a una guerra sin par por no dar a su querida hija un disgusto. Por eso sé que aceptará.

Los ojos de Risam se llenaron de lágrimas de rabia y desesperación. Se echó hacia atrás, empujando su silla con fuerza y haciéndola caer al suelo.

- Sois el ser más despreciable que haya conocido nunca - antes de que Morlo pudiera darse cuenta de lo que iba a hacer, agarró una jarra de la mesa y tiró el agua a la cara del sorprendido rey. Le cogió tan de improviso que al principio no dijo nada, se la quedó mirando asombrado mientras el agua escurría por su cara y su traje dándole un aspecto ridículo.

Risam se dio cuenta de lo que había hecho cuando vio a Morlo enrojecer hasta las orejas y levantarse furioso de la mesa. Se acercó a ella amenazador y por un momento pensó que la iba a pegar. Sin embargo, con un gran esfuerzo el rey se contuvo, volvió a sentarse en su asiento y a gritos llamó al soldado que esperaba fuera y sin dejar de gritar, le ordenó que se llevara a Risam a su habitación. Pero antes de que salieran por la puerta, dijo a la joven:

- Al final os arrodillaréis ante mí, vos y vuestro padre os humillaréis ante mí y yo conseguiré lo que más deseo en este mundo, el reino de Brodomar, y a vos. Pero tened cuidado, princesa. No soy un hombre paciente, y no os gustaría ver de lo que soy capaz cuando me enfurezco.

Manés contempló en silencio cómo el soldado hacía entrar a Risam, temblorosa y con los ojos llenos de lágrimas, en la habitación, pero esperó a que el soldado cerrara la puerta tras él para lanzarse hacia la princesa.

- Princesa, ¿os encontráis bien? - acompañó a Risam hasta una butaca y se sentó en el suelo junto a ella.

- Quiero ser fuerte, Manés. No quiero parecer asustada ante ese hombre, pero siento que no puedo, tengo miedo.

- No digáis eso. Vos sois muy valiente y fuerte. Me gustaría poder ayudaros, pero no sé cómo podría...

- Tú me ayudas ya siendo mi amiga aquí, pero... -más calmada, Risam se puso en pie y se dirigió hacia una de las ventanas. Tras un momento de silencio, se volvió hacia la doncella y continuó:- Manés, debo salir de aquí cuanto antes. No soporto la idea de seguir aquí por más tiempo, y sabiendo lo que supone para mi padre y para todo mi pueblo. No puedo pedirte que me ayudes, sé que es muy peligroso, pero estoy decidida.

Manés escuchaba a Risam y su rostro reflejaba todo el miedo que sus palabras le daban.

- Yo no puedo... No, princesa, quiero ayudaros. Decidme si hay algo que pueda hacer, y por Dios que os ayudaré a escapar.

- Fíjate en la puerta del castillo. Sé que algunas veces hay soldados bajo mi ventana; dime cuántos y cuándo están allí. Piensa si hay algún lugar, algún momento de la noche en que yo tuviera mayor facilidad en esconderme por el patio y escapar.

- Lo haré, princesa, confiad en mí. Rezaré para que tengáis suerte y pronto volváis con vuestro padre.

- Voy a necesitarla, Manés. Necesitaré toda la suerte del mundo.

Los siguientes días Risam apenas abandonaba la habitación. Sabía que Morlo salía del castillo todos los días temprano y volvía tarde, y mientras él estaba fuera el ambiente general del castillo se relajaba. Tampoco parecía tener mucho interés Morlo por ella desde el fracaso de la primera noche, y sólo habían cenado juntos un par de veces más, en las que Risam se esforzaba por mantener siempre la misma actitud fría, mientras no dejaba de pensar en el momento en que escaparía.

Cuando se encontraba sola en su alcoba, o acompañada por Manés, quien demostró ser una buena amiga, solía pasar el tiempo observando por la ventana los movimientos de los soldados, mientras daba vueltas a un arriesgado plan que poco a poco iba tomando forma en su cabeza. Manés paseaba por el patio cuando le dejaban un momento de descanso, para luego explicar a Risam cuándo hacían el cambio de turno los soldados, por dónde entraban y salían y cuántos vigilaban de noche las puertas del castillo. Al llegar la media noche, poco antes de hacer el cambio de turno y los soldados ya estaban cansados; cuando los últimos visitantes y mercaderes abandonaban el castillo sin que nadie se fijara en ellos, parecía ser el momento propicio para huir sin ser advertida.

## Capítulo 6

Una noche, estando Risam en su alcoba a punto de desvestirse para acostarse, recibió una inesperada visita de Morlo. Esa noche Risam no había cenado con él, explicando que no se encontraba bien, aunque en realidad era otra excusa para no tener que verle.

Morlo parecía muy disgustado, y la expresión de sus ojos llenó de temor a la muchacha, que se colocó instintivamente tras la butaca.

- Me ha dicho el lacayo que no os encontrabais bien esta noche, así que vine a ver cómo estáis. No tenéis aspecto de estar enferma.

- Me dolía la cabeza, pero ya me encuentro mejor; gracias por vuestra preocupación.

- Si ya estáis mejor, tal vez aceptéis dar un paseo conmigo por los jardines.

- ¡No! -La exclamación salió de sus labios antes de que pudiera evitarlo. Pero estar con él a solas... Miró hacia la puerta deseando que Manés no se hubiera retrasado en venir esta noche. -Quiero decir... Estoy muy cansada, y querría acostarme ya.

- Me estoy cansando de vuestra actitud, princesa -Morlo estaba muy enfadado-. Trato de portarme respetuosamente, pero no lo hacéis fácil. Me evitáis y cuando estamos juntos apenas me dirigís una palabra.

- ¿Y cómo esperáis que me comporte? - Risam estaba igualmente enfadada- No esperéis otra cosa de mí, Morlo. Podréis tenerme encerrada, matarme de hambre si eso os place, pero jamás dejaré de sentir la repugnancia que siento por vos.

Risam se había excedido y lo sabía, pero ya lo había dicho y no se arrepentía. Morlo la miraba colérico; dio una patada a la butaca, que cayó al suelo dando un fuerte golpe y la joven se echó hacia atrás asustada.

-Está bien, princesa, ya veremos si es cierto lo que acabáis de decir. Tal vez, cuando llevéis una semana sin comer, y sin salir para nada de vuestra habitación, no os parezca tan desagradable la idea de sentaros a mi mesa y pronto comprenderéis que vuestra actitud es estúpida e infantil. Tomad pronto una decisión, porque hoy mismo envíe un mensajero a Brodomar para invitar a vuestro padre a nuestra boda, y os aseguro que, de un modo u otro, para cuando él llegue vos habréis aceptado casaros conmigo.

- Nunca, ¿me oís? Nunca os aceptaré por esposo.

Risam cayó de rodillas al suelo, temblando y con los ojos llenos de lágrimas, mientras Morlo se dirigía fuera de la habitación, abriendo la puerta con tal violencia que estuvo a punto de tropezar con Manés, que se disponía a entrar en la alcoba y ahora miraba a Morlo asustada. Le dio un manotazo, apartándola a un lado, y salió echando maldiciones contra todo y contra todos.

Manés, una vez la puerta se hubo cerrado, se incorporó y fue corriendo hacia Risam. La abrazó con cariño, diciéndole palabras suaves para tranquilizarla. Tras un momento, Risam levantó la cara, roja por el llanto, y le dijo a la niña:

- Manés, tienes que ayudarme. Debo escapar esta misma noche, o no podré soportarlo. Debes traerme una cuerda larga y resistente y ropa negra, una capa negra.

- Está bien, princesa. - Sin esperar más, Manés dejó a Risam y salió apresuradamente de la habitación. Conocía el plan de Risam, y sentía pánico pues estaba segura de que Morlo la iba a descubrir, y entonces las dos lo iban a pasar muy mal. Pero se lo había prometido, Risam había sido muy buena con ella, y haría cualquier cosa por ayudarla a huir.

Mientras tanto, muy cerca del castillo, en una sucia posada, un mercader de caballos cenaba mientras el lugar comenzaba a llenarse por las gentes que terminaban ahora de trabajar en el campo. El obeso posadero, tratando de hacer la estancia de ese rico caballero más agradable -que ya no tenía muchos clientes así-, se acercaba cada dos por tres a la mesa para ofrecerle algo más o tratando de entablar conversación con él, aunque por el momento no estaba consiguiendo sacar nada interesante al comerciante.

Uno de los criados se acercó al posadero con algo en el puño. Cuando se lo enseñó, éste lo cogió enseguida. Por el brillo del objeto y de los ojos del hombre al verlo Zerec, que, pese a su apariencia abstraída, estaba muy atento a lo que pasaba, supo que se trataba de una joya.

- ¿Dé dónde lo has sacado?

- Estaba en la habitación donde se hospedó la mujer.

- ¿Qué mujer?

- Aquella enferma, que trajeron los soldados.

- ¡Sí, claro! - El hombre echó una mirada furtiva a Zerec, quien parecía no interesarse en nada más que su plato de comida. Sin embargo todos sus sentidos estaban alerta.

- Debió olvidarla aquí. Tómala y llévala a mi mesa; escóndela y que no se te ocurra enseñársela a nadie. Y si vuelven los soldados, ya sabes: no había nada en la habitación.

Cuando el joven criado se hubo alejado llevándose la joya, Zerec, con un tono indiferente, a pesar de que se sentía a punto de estallar, dijo al posadero:

- Debe ser una joya muy valiosa para que os arriesguéis a las iras de los soldados de Morlo. Por lo que he oído, yo no me atrevería a levantarles la voz siquiera.

El hombre parecía un poco incómodo al principio, pero, al fin y al cabo, qué importaba si hablaba con el rico comerciante. El no era de aquí y no importaba si había oído lo de la mujer. Además, tal vez pudiera vendérsela por una buena cantidad de dinero. La joya era cara, un prendedor de pelo de oro con un rubí en el centro.

- No creo que vengan a reclamarla, señor, aunque tenéis razón, es una joya magnífica. Tal vez os gustase verla, señor. Al fin y al cabo, ¿qué podría hacer yo con una joya así?

- Podría ser, pero no quisiera que luego me cortaran la mano a mí por ladrón.

- Ya os digo que nadie se preocupará por ella. Al fin y al cabo, su dueña estaba muy enferma cuando la trajeron a la posada. Aunque estaba algo mejor cuando se fueron al castillo, es posible que haya muerto.

La sola idea de que Risam se encontraba enferma era insoportable para Zerec, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse. Ese hombre podía ser una buena fuente de información, si tenía calma y era cuidadoso en sus preguntas.

- ¿Enferma?

- Bueno, eso creo. Cuando llegaron ella estaba inconsciente, y no salió de su habitación hasta la misma mañana en que se marcharon. Sí, parecía estar mejor, pero estaba muy demacrada.

- Es una historia muy rara la vuestra, tal vez para luego ofrecerme una joya que no valga nada en realidad...

- No, señor. Sé que es una historia extraña, pero yo no pregunto. Es mejor no preguntar cuando se trata de cosas del castillo. Ya sabe, no conviene ser demasiado curioso; nuestro rey podría... enfadarse.

- ¿Y qué aspecto tenía?

- Muy joven, debía tener menos de veinte años. Apenas pude fijarme en ella, pues iba siempre cubierta con una capa; pero su vestido sin duda era muy costoso, y su aspecto... bueno, a pesar de que estaba bastante pálida, parecía muy bonita. Delgada, de pelo rubio. - Se detuvo al ver la expresión del comerciante. Algo le decía que no debía haber abierto la boca. Estaba a punto de darle una excusa para alejarse, cuando Zerec se levantó.

- ¿Hace cuánto que estuvieron aquí?

- Yo, pues... hace ya varios días. Pero se marcharon enseguida al castillo...

- Escúchame bien. - Zerec bajó la voz y se acercó al posadero. Le indicó que le acompañara fuera, pues la posada ya estaba abarrotada de gente, y una vez en los establos, le dijo:- Tengo algo importante que hacer y debo marcharme enseguida. Voy a dejar aquí mi caballo y todas mis cosas; las dejo a tu cuidado y bajo tu responsabilidad. Te daré dinero suficiente para considerarte tres veces pagado. A cambio necesito que hagas algo por mí. Guardo en esta caja -le mostró una pequeña jaula de madera que escondía tras su silla de montar- una paloma. Si mañana al mediodía no estoy de regreso, quiero que la dejes en libertad. Excepto por esto, olvidarás que nos hemos visto y todo lo que me has contado en la posada. Te aseguro que, si no yo, alguien vendrá a recoger mi caballo. Si has cumplido con mi encargo, serás recompensado, si no...

- No os preocupéis, señor. Yo no he visto ni he oído nada - dijo el posadero, observando la enorme bolsa llena de monedas que Zerec había dejado en sus manos. Fuera quien fuera ese hombre y cualesquiera que fuesen sus intenciones, pagaba bien. No sería ningún trabajo para él soltar la paloma. Por otro lado, si pretendía algo contra Morlo, pues él no le iba a denunciar. Además Morlo sería capaz de llamarle traidor a él también que recompensarle por la información.

Zerec despidió al hombre, que volvió a la posada. Cuando se quedó solo junto a su caballo, recogió sus cosas y las ocultó en una esquina del establo, salvo la jaula con la paloma, que quedó junto al

caballo. Colocó su espada en el cinto y se cubrió con una larga capa negra. Tras comprobar que todo estuviera en orden, se dirigió por las oscuras y sucias callejuelas del pueblo hacia el castillo de Morlo.

La cuerda que Manés había conseguido estaba atada a la pata de la enorme cama, que no se movería de su sitio. Risam, envuelta en una enorme capa negra, se acercó a Manés.

- Pequeña. Quisiera llevarte conmigo. No me gusta la idea de dejarte aquí.

- No digáis eso, princesa -lloró la niña-; yo no sería más que un estorbo en vuestra huida. Lo único que importa es que os salvéis y podáis volver con vuestro padre.

Risam se subió al alféizar de la ventana y, asiéndose con fuerza a la cuerda, comenzó a descender, tratando de apoyar los pies lo mejor posible en los salientes de las piedras. Resbaló varias veces, y la falda de su vestido se rasgó al engancharse en un saliente, pero no se detuvo hasta que llegó al suelo. El suelo estaba más cerca de lo que parecía desde arriba, aunque estaba agotada tras el esfuerzo. Permaneció quieta en las sombras hasta que vio aparecer a Manés corriendo por el patio, en dirección a los soldados que guardaban la puerta. Apenas quedaban un par de personas en el patio hablando. Por su forma de moverse seguramente iban borrachos. Vio a Manés intercambiar unas palabras con los soldados de la puerta, que un momento después se dirigían al castillo. Cuando se hubieron ido, Manés volvió a entrar en el castillo, para recoger la cuerda y cerrar la ventana, como había acordado con Risam.

Ésta, tras echar un vistazo a su alrededor y no ver a nadie, corrió hacia la entrada del castillo, ahora sin vigilancia gracias a Manés.

Estaba pasando bajo el enorme arco de la puerta cuando vio aparecer por el camino del pueblo a dos soldados que sin duda venían de emborracharse en alguna taberna. No había lugar donde ocultarse y no podía volver atrás. Los soldados no parecían haberla reconocido, pero de pronto uno de ellos dijo algo al otro, y un momento después la habían alcanzado y la agarraron con fuerza, mientras ella trataba de desasirse de sus apesores, pero todos sus esfuerzos resultaban vanos.

De pronto uno de los soldados cayó al suelo, lanzando un agudo grito de dolor, y tanto su compañero como Risam observaron asombrados el cuerpo inerte del hombre, con una herida en la espalda. Antes de que el otro soldado pudiera desenvainar su espada, un hombre oculto en una capa negra apareció de entre las sombras y le atravesó con su espada.

El desconocido volvió a guardar su espada y se volvió a Risam, que le observaba sin poder reaccionar.

- No hay tiempo para explicaciones, princesa. Será mejor que nos marchemos.

Entonces Risam pudo ver brillar bajo aquellas sombras los ojos verdes del hombre, y ahora le reconoció. Sin hablar, se dejó llevar por él a través del camino de adoquines. Estaban a punto de entrar en las sombras del bosque cuando se escucharon varios gritos a su espalda y de pronto el hombre de la capa negra cayó al suelo con una flecha clavada en el hombro.

Risam se arrodilló junto a él y sus ojos se llenaron de lágrimas. Su salvación había llegado con el hombre que amaba y la había perdido al segundo siguiente. Y él estaba allí en el suelo, herido, o tal vez... muerto.



## Capítulo 7

Cuando Zerec abrió los ojos se encontró tumbado en una gran cama, dentro de una gran habitación en la que apenas entraba luz, pues las cortinas de las ventanas estaban corridas. Por un momento se sintió desorientado, pero enseguida recordó lo ocurrido. La inesperada aparición de la princesa en las puertas del palacio, los dos soldados. Cuando parecía que iban a salir de allí, y un fuerte dolor en la espalda que volvió todo negro a su alrededor.

Trató de incorporarse, pero lanzó un gemido al notar el dolor que le quemaba el brazo. Entonces dio cuenta de que llevaba el torso desnudo y con una venda que le ocultaba el hombro derecho.

El ruido llamó la atención de una figura que se encontraba junto a la ventana, en la que antes Zerec no se había fijado. Se acercó despacio a la cama, y a pesar de la poca luz Zerec reconoció enseguida el cabello, el rostro, la belleza de Risam, que cambió su expresión de preocupación por una suave sonrisa al ver que el joven se había despertado por fin.

- ¿Cómo os encontráis?

- Bien, sólo un poco mareado, y me duele el hombro.

- Es normal que os duela. Os hirieron con una flecha - aunque trataba de mantenerse serena, su voz temblaba sólo de pensar en la angustia pasada -. Pero la herida no era grave, y pronto estaréis bien.

- ¿Estamos en el castillo?

- Sí. Os trajeron aquí para curaros y habéis estado dos días inconscientes.

- Dos días... Lamento haberos fallado, princesa. Estuvimos a punto de salir de aquí.

- No os preocupéis. No fue culpa vuestra. Yo ni siquiera esperaba llegar hasta la puerta sin que me descubrieran. Sin embargo yo siento que por intentar salvarme os hayan herido, y os hubieran dejado morir si no le hubiera implorado a Morlo.

- ¿Le implorasteis? No...

- Vos tratasteis de salvarme. ¿Creéis que os hubiera dejado morir? Pero no entiendo qué hacéis aquí, y cómo es que os encontré a las puertas del castillo.

- La verdad es que nuestro encuentro fue una coincidencia, mi intención al acercarme esa noche era sólo observar el movimiento de gente en el castillo y tratar de averiguar en que lugar estabais.

- ¿Queréis decir que vinisteis a buscarme, que sabíais que estaba aquí?

Entonces Zerec le contó todo lo ocurrido desde la llegada de Magden y su hermano Arzón al castillo de Orando hasta que Zerec llegó a la posada.

- Mi buena Magden - suspiró Risam -. Hizo bien al no avisar a mi padre. Pero vos, no debisteis haber venido. Habéis corrido un gran peligro por mí.

- No os preocupéis tanto, princesa. En cualquier caso, si el posadero ha seguido mis instrucciones, y no hay razón para que no lo haga, la paloma que traje conmigo estará ya de camino hacia Arvenamar. Entonces mi criado Robenes sabrá lo que debe hacer.

- ¿Queréis decir que entonces vuestro rey se enterará de todo? Pero, avisará a mi padre y sin duda vendrán a batalla a Morlo.

- Sé lo que os asusta la idea de la guerra; no puedo decir que a mí me agrade. Pero hay cosas que no se pueden evitar, y ha llegado un momento en que tal vez sea mejor hacerle frente de una vez por todas.

- Pero no lo entendéis. Esto es precisamente lo que Molo quiere. Envió un mensajero a mi padre, porque sabe que estando yo bajo su poder podrá pedirle lo que quiera. Si averigua quién sois, tal vez os utilice también contra Orando.

- Me temo que Morlo ya me conoce; aunque tal vez no me reconoció. Lo que ocurra a partir de ahora ya no depende de nosotros. Sólo podemos esperar y rezar para que los planes de ese loco no salgan bien. Si al menos yo me encontrara bien podría hacer algo...

- Pero yo, tal vez sí puedo hacer algo. - Bajó la cabeza y, dando la espalda a Zerec, se dirigió a la ventana y corrió lentamente las cortinas. Zerec esperaba una explicación de sus palabras, pero al ver que no llegaba, empezó a preguntarle a qué se refería.

Unos golpes en la puerta le hicieron callar. Un momento después entraba en la alcoba la pequeña doncella, quien, al ver a Zerec observarla, hizo una pequeña reverencia y se dirigió con timidez a Risam.

- Princesa, Morlo desea saber cómo sigue el herido.

- Ya ves, Manés, que está mejor. - Animándola a acompañarla con una mano apoyada en sus hombros, se acercó a la cama. Con la luz del atardecer que ahora llenaba la habitación, Zerec pensó que Risam era aún más bella de lo que había pensado, a pesar de su tez pálida y su aire de preocupación que trataba inútilmente de ocultar.

- Manés ha sido mi doncella y mi única amiga desde que me trajeron al castillo. Ella trató de ayudarme a escapar, y me ha estado ayudando a cuidaros mientras estuvisteis inconsciente.

Zerec sonrió a la doncella, que ante su rostro amable perdió parte de su timidez. Le preguntó por su salud y se ofreció a traerle algo de comer, aunque mejor no le diría a Morlo que ya había despertado. Cuando salió de la habitación, Zerec le pidió a Risam que le narrase todo lo ocurrido desde que Morlo llegó a Brodomar.

En pocas palabras y con gran nerviosismo Risam le narró todo lo pasado. A medida que hablaba, su rostro enrojecía y su voz temblaba, mientras que la expresión de Zerec se tornaba más seria y preocupada.

- ...Y cuando me creía perdida aparecisteis vos. Pero un soldado os hirió. Entonces llegaron más soldados y Morlo nos hizo llevar a su presencia. Pensaban dejaros morir, y me costó mucho conseguir que Morlo os perdonara la vida. Entonces os trajeron a mi habitación, donde habéis estado dos días sin sentido. Ahora descansad y reponed fuerzas. Dormid un rato y luego comeréis.

Morlo deseará veros cuando sepa que haber recobrado el sentido, y es mejor que recuperéis vuestras fuerzas para entonces. Me quedaré un rato y esperaré a que venga Manés.

Los soldados habían llevado una vieja cama a una pequeña habitación adyacente a su alcoba, para que Risam pudiera dormir. El cuartito, que Risam no había visto antes por estar la puerta disimulada, estaba lleno de polvo, pero Manés y ella lo habían limpiado y colocado el tocador junto a la cama.

Zerec no dijo nada mientras la princesa alisaba las mantas de la cama. Luego se dirigió a las ventanas y volvió a correr las cortinas, dejando la habitación en penumbras; se acomodó en la butaca que había junto a la chimenea, ahora sólo con brasas, y cerró los ojos.

Debía estar muy cansada, pensó Zerec, pues pareció dormirse enseguida. Sin embargo él no podía conciliar el sueño. La observaba, con el cabello ocultándole media cara, las manos en su regazo y una expresión que incluso ahora parecía llena de preocupación; y recordaba la primera vez que la vio, con ese ramo de flores en las manos, y ese vestido azul que le daban la apariencia de un ángel. El suave rubor que cubrió sus mejillas al dirigirse aquel cumplido... Era demasiado hermosa y buena para pasar por lo que le estaba ocurriendo, y una vez más, antes de cerrar los ojos, Zerec reafirmó su propósito de protegerla pasara lo que pasase.

A la mañana siguiente al despertarse, Risam sentía todo el cuerpo dolorido por la cama, nada cómoda, en la que había dormido. Recordaba haber visto entrar a Manés en la habitación donde dormía Zerec, y medio dormida, haberse dirigido al que ahora era su dormitorio. Era incómodo, pero por nada del mundo habría dejado que la alejaran de Zerec.

Al entrar en la habitación, vio que las cortinas ya estaban corridas, y la luz matutina llenaba la habitación. Entonces se volvió hacia la cama.

Zerec, sentado en la cama y apoyado en unos cojines, la observaba en silencio. En la mesa junto a la cama había la bandeja con frutas que Manés trajo la noche anterior, de la que Zerec había comido algo. También había una jarra de agua y el joven tenía en las manos una copa, que dejó sobre la mesa.

- No me había dado cuenta de que ya estabais despierto - Risam se alisó el alborotado pelo con la mano, y sacudió el vestido. A pesar de haber estado a punto de morir, ahora se le veía tan apuesto como siempre y con una gran energía. Le preguntó cómo se encontraba.

- Estoy muy bien. Me duele el hombro, claro, pero siento restablecerse mis fuerzas, gracias también a la comida que me proporcionó Manés.

Un rato después entró Manés en la habitación y les dijo que Morlo deseaba ir a ver al enfermo esa mañana. La idea asustaba a Risam, pero la actitud serena de Zerec consiguió tranquilizarla.

Cuando Morlo entró en la habitación, Manés se disponía a llevarse la bandeja de frutas, y Risam conversaba tranquilamente con Zerec, sentada a los pies de su cama. Al verle se levantó, y Zerec trató de incorporarse más sobre los cojines. En una mirada furtiva a la joven, vio que, a pesar de la expresión desafinada de su cara, estaba asustada.

- Me alegra ver que nuestro intruso está mejor esta mañana. Espero que pueda levantarse, porque deseo tener una conversación con él.

- No creo tener nada que deciros. - Zerec no había perdido su expresión serena y la mirada que dirigía al soberano le molestaba.

- Veo que no habéis cambiado nada, Zerec; seguís con la costumbre de decir todo lo que se os viene a la mente. Es una actitud que hasta me divierte en Risam, pero no estoy dispuesto a consentirla en vos. Recordad que ahora sois vos mi "invitado", y las circunstancias, muy diferentes.

- No os atreváis a amenazarnos siquiera - saltó Risam -. Recordad nuestro trato. Si algo le pasa a él o a Manés, no habrá ninguna celebración en este reino hasta el día de vuestro entierro.

- Tenéis una lengua mordaz, princesa. Yo cumpliré vuestra promesa mientras vos cumpláis la vuestra. Vuestro padre no tardará mucho en venir una vez reciba mi mensaje. Y entonces, yo me convertiré en el hombre más poderoso de todos los reinos.

- Tenéis demasiada confianza en vos mismo - dijo Zerec -, pero no os resultará tan fácil.

Como respuesta, Morlo miró a Risam y le lanzó una enigmática sonrisa. Luego se volvió a Zerec.

- Mi confianza está plenamente fundada. Sois vos, Zerec, quien no debe estar tan tranquilo. Fue una estupidez por vuestra parte venir aquí, y fuera lo que fuese lo que planeabais, os ha salido mal. Tal vez hasta pueda sacar provecho de vuestra estancia en mi castillo. - Se volvió a Manés y le dijo con aspereza:- Tú ven conmigo; el enfermo no necesita tantos cuidados.

Sin despedirse siquiera salió de la habitación, seguido de la asustada doncella.

Una vez solos, Zerec volvió la mirada hacia Risam, visiblemente asustada, y le dijo:

- ¿Qué diablos ha querido decir con eso? ¿Qué trato habéis hecho con él?

- No os preocupéis por eso ahora; debéis descansar.

- No, Risam; debéis decírmelo.

Al oírle pronunciar su nombre y en un tono tan preocupado, Risam no pudo reprimir un sollozo. Se sentó en la cama, tapándose la cara con las manos. Zerec le cogió una mano, y esperó en silencio a que se calmara. Entonces Risa, con la voz temblorosa y mirando la mano que el joven le sostenía, dijo:

- Yo... yo acepté casarme con él.

Zerec la miró sorprendido y por unos momentos no supo que decir. Levantó la cabeza a Risam e hizo que le mirara a los ojos.

- ¿Por qué hicisteis algo así?

- ¿Y qué podía hacer? Os equivocabais cuando dijisteis que el futuro no lo podíamos decidir nosotros. Si no hubiera aceptado, Manés lo habría pasado muy mal y ahora vos... vos estaríais muerto.

- Pero vuestro compromiso hará a Morlo heredero de Brodomar, y eso sólo puede traer consecuencias desastrosas, aparte de una fuerza frente a todos los reinos que, con su mente enferma, le harán extremadamente peligroso.

- No sé qué puedo hacer. Estoy muy asustada.

Zerec se incorporó lo más que pudo y abrazó a la joven tratando de calmarla.

- Debemos salir de aquí. Trataré de buscar una salida y os aseguro que no tendréis que cumplir ese absurdo trato.

- Pero vos no podéis...

- Estoy bien, princesa. Mi herida está casi curada y no puedo esperar con los brazos cruzados a que Morlo consiga lo que quiere.

- Pero es muy peligroso. Morlo ha puesto el doble de soldados de guardia, y no permitirá que se nos quite el ojo de encima ni un minuto. Hay soldados en la puerta y bajo la ventana.

- No importa, princesa. Os prometo que saldremos de aquí y que esa boda nunca se celebrará.

## Capítulo 8

Zerec pasó varios días en cama reponiendo fuerzas. La noche siguiente a su encuentro con Morlo, la fiebre le subió y de nuevo necesitó los cuidados constantes de Risam y Manés. Pero su herida había cicatrizado rápidamente y ahora se encontraba con nuevas fuerzas.

Cuando, unos días después, Risam se despertó por la mañana, se sintió extraña, o más bien, cómoda. Se dio cuenta de que estaba en la enorme cama con dosel de la alcoba grande. Vio a Zerec parado de pie junto a una ventana. Se había arreglado y puesto ropas limpias. Tenía muy buen aspecto con su traje azul oscuro y las botas altas negras; ya afeitado, con el pelo echado hacia atrás y sujeto por una cinta negra que le pasaba por la frente. Contemplaba el paisaje con el ceño fruncido y aire pensativo.

Se volvió despacio, tratando de no hacer movimientos bruscos con el brazo, al oír a Risam levantarse. Entonces cambió su expresión preocupada por una amplia sonrisa.

- Buenos días, princesa. Espero que hayáis descansado.

- Sí, pero, ¿qué hacéis vos levantado? Debíais seguir en la cama unos días más.

- Estoy perfectamente. He descansado, sanado mi herida y repuesto fuerzas, mientras vos, según me ha contado Manés, os habéis despreocupado de la comida y apenas habéis dormido en ese camastro. Desperté hace horas y, como pensaba que lo necesitabais más que yo, os traje en esta cama.

Risam le dio un tímido "gracias" y se dirigió hacia el cuartito, sentándose frente al tocador. Comenzó a peinarse, pero enseguida dejó el cepillo sobre la mesita y se quedó su imagen reflejada en el espejo.

- ¿Qué os preocupa? -la joven se sorprendió al ver a Zerec, al que no había oído entrar, observándola apoyado en la puerta. Risam se levantó de la silla, pero no se movió del tocador.

- Ahora que estáis bien, buscaréis el medio de escapar de aquí, ¿verdad?

- Por supuesto, ya os lo dije. Pero no debéis temer nada. Os prometo que todo saldrá bien.

- Pero si os pasase algo por intentar salvarme, yo no me lo perdonaría.

- No os culpéis de que yo me encuentre aquí, princesa. Nadie me obligó a venir, fui yo quien lo decidió.

- Pero podíais al menos haber venido acompañado o haber enviado a alguien, a algún soldado, en vuestro lugar.

- Pero no quise hacerlo. - Su voz era firme. Se situó detrás de la princesa, mirándola a través del espejo. Cogiéndola por los hombros, hizo que se volviera hacia él:- No siquiera se me ocurrió la idea de mandar a otro en mi lugar - su voz se tornó suave -. Quería ayudaros y deseaba volver a veros. La verdad es que no he podido pensar en otra cosa desde que os vi por primera vez.

Durante un momento que pareció una eternidad se miraron a los ojos; se abrazaron y fundieron sus labios en un dulce beso que hizo que nada de lo que pasaba fuera de ese cuartito tuviera

importancia. Permanecieron un rato abrazados, olvidándose de los problemas, de Morlo, pensando únicamente en ellos.

Por fin Zerec se separó, y observando la cara sonrojada de Risam le dijo:

- Lo siento; os ruego me perdonéis.

Risam levantó la cabeza y sonrió tímidamente.

- No tengo nada que perdonaros.

Zerec iba a decir algo, pero en ese momento escucharon la puerta de la alcoba abrirse. Era Manés, que se acercaba corriendo hacia Risam.

- Princesa - exclamó, apenas sin respiración -, ha venido vuestro padre. Acaba de llegar al castillo con varios soldados.

Zerec y Risam se dirigieron a una de las ventanas. El patio del castillo estaba lleno de soldados, y había un gran alboroto tanto fuera como dentro del palacio. Desde la ventana apenas se llegaba a ver la puerta del castillo, pero sabían que Manés no se equivocaba.

- Veo que ya os han dado la buena noticia.

Los tres se volvieron sorprendidos al ver a Morlo parado en la puerta de la habitación. Le acompañaban cuatro soldados, que se colocaron junto a los dos jóvenes.

- Me alegra ver que ya estáis perfectamente, Zerec. En cuanto a vos, Risam, estoy seguro de que estaréis deseando ver a vuestro padre. Podremos conversar acerca de la mejor fecha para la boda.

Riendo sin parar, hizo señas a los soldados, que hicieron a los dos muchachos caminar hacia la salida.

Así, primero Morlo, seguido por Risam y dos soldados, y detrás de éstos, Zerec con otros dos soldados a su espalda, salieron de la habitación y se dirigieron por interminables corredores hasta las puertas del palacio, por donde en ese momento entraba el rey de Brodomar.

Al verle, desde lo alto de la escalera, Risam no pudo reprimir un grito de alegría, y trató de ir hacia él, pero los soldados se lo impidieron. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver el semblante cansado y preocupado de su padre. Cuando Arlem la vio quiso correr hacia ella, pero los soldados de Morlo le cortaban el paso.

- Morlo - dijo con voz potente -; he entrado sin armas, mis soldados quedan fuera. He aceptado vuestras condiciones pero sólo para poder tener a mi hija. Decid a vuestros hombres que la dejen libre.

- Nada me daría mayor alegría - dijo Morlo con sorna- que contemplar el emocionado encuentro de un padre con su hija. Pero antes, debemos dejar claras unas cuantas cosas vos y yo; hay que hacer planes y, bueno, preparar una boda.

Arlem miró a su hija, que estaba pálida mientras le miraba, sin poder casi ni moverse por la angustia que sentía en esos momentos.

- ¿A qué os referís? Morlo, no seréis tan loco como para pensar que...

- Antes de que digáis nada, debo informaros de que vuestra hija ha aceptado mi propuesta de matrimonio.

Un largo silencio inundó la sala y Risam sintió que sólo la mano que Zerec había cerrado disimuladamente sobre la suya, podía ser real en toda esta pesadilla.

- Risam - ahora la voz del anciano monarca temblaba -, Risam, ¿es cierto eso?

La joven miraba a su padre, con los ojos llenos de miedo, y luego a Morlo, exultante de felicidad en lo que creía su victoria, y no podía decir nada. Bajó la cabeza turbada, pero la mano que se cerraba con fuerza sobre la suya le dio fuerzas para levantar la cabeza y decir, con los ojos llenos de lágrimas:

- No... No. ¡No me casaré con él!

Morlo, rojo de ira, cogió a Risam de un brazo con tal fuerza que le hizo soltar una exclamación de dolor. Pero antes de que pudiese hacer nada, Zerec se interpuso entre Morlo y la joven.

- No oséis tocarla siquiera - exclamó.

Arlem observaba sorprendido toda esta escena. Los soldados sujetaron de nuevo al joven y Morlo, más calmado, soltó el brazo de Risam. Miró amenazador a Zerec; tampoco Arlem podía dejar de mirar al muchacho y preguntarse cómo era posible que Zerec se encontrase en el castillo junto a Risam.

- Os lo advertí, Zerec. Tenéis la manía de meteros donde no os importa, y no voy a ser más paciente con vos; ya no tengo razones para serlo. En cuanto a vos - exclamó volviéndose hacia Arlem -, esto cambia las cosas.

- ¿A qué os referís?

- Me temo que no voy a permitir os hablar con vuestra hija. No tratéis de hacer nada, Arlem. Estáis en mi castillo y rodeado de soldados. Vuestra hija está bajo mi custodia y sólo necesito una excusa para...

- Dejadme hablar con él - exclamó Zerec de pronto. Antes de que Morlo pudiera decir nada, continuó:- No perdéis nada, Morlo. Sólo permitidnos unos minutos, para hacerle saber que la princesa está bien. ¿Acaso pensáis que trataré de huir?

Tras un momento de indecisión, Morlo indicó a los soldados que llevaran a Arlem y a Zerec a una pequeña habitación. Arlem accedió de mala gana, y no dejó de mirar a su hija mientras se dirigía hacia allí. El soldado que había tras Zerec le dio un empujón para que bajara las escaleras, golpeándole intencionadamente en el hombro herido. Conteniendo una exclamación, Zerec comenzó a bajar la escalera; cuando pasaba junto a Risam, ésta le puso la mano en el brazo y le dijo en un susurro:

- Decidle... decidle que le quiero.

Cuando llegaron al salón los soldados salieron y cerraron la puerta, dejando a Zerec y a Arlem solos. El rey observaba al joven sin saber que decir, y entonces Zerec se dio cuenta del rostro pálido, las ojeras bajo sus ojos y el miedo que reflejaba su mirada.

- Señor - dijo acercándose a él -. No sabéis cuánto me alegro de veros.

- Pero Zerec, ¿qué estás haciendo aquí?

- Es una larga historia, señor, pero trataré de contároslo lo mejor que pueda. Morlo no nos dejará mucho tiempo.

Cuando terminó su historia, Arlem le miraba asombrado.

- De modo que a eso se debía la extraña conducta de la doncella de mi hija. Pero Zerec, fuiste un loco al venir aquí. Conozco los temores de mi hija, aunque nunca quería hablar de ello. Pero tú debías tener el sentido común de informarme tan pronto te enteraste de todo.

- Lo sé, pero vuestra hija quería impedir cualquier enfrentamiento con Morlo; yo trataba de que así fuera. Aunque sé desde hace tiempo que es imposible; hay que poner fin a los males que ocasiona ese hombre.

- No te equivocas, Zerec; es tiempo de acabar con ese canalla.

- Pero debo pedirlos que no os precipitéis, majestad. Eso no os ayudaría ni a vos ni a vuestra hija. Una guerra loca sin pensar, guiada únicamente por la ira, es lo que Morlo esperaría. No podéis darle esa ventaja, pues ya tiene la más importante: Risam. No, señor, no os preocupéis por ella. Es fuerte y estará bien; sé que Morlo no le hará daño. Hacedme caso. Preparaos para enfrentaros con él, pero sin que él lo sepa. Dad la imagen de un padre asustado que no sabe como actuar. Vuestro ejército es más fuerte que es e suyo, pero estamos en su terreno y guarda a vuestra hija como un as en la manga. Haced que alguno de vuestros hombres vaya al pueblo y buscad junto a la plaza una vieja posada. Preguntad al posadero si soltó mi paloma. Si así es, pronto tendréis noticias de mi rey Orando. Recoged también mi caballo.

- Y Risam... No me siento tranquilo dejándola aquí sola.

- Yo la protegeré desde dentro del castillo. Estoy en el mejor lugar para hacerlo. Confiad en mí y marchad tranquilo.

En ese momento se abrió la puerta y unos soldados se dirigieron a Zerec. Dijeron a Morlo que debía marcharse del castillo, y mientras un par de hombres le acompañaban hasta la salida, los otros se llevaron casi a empujones a Zerec a otra estancia, una gran sala al fondo de la cual le esperaba Morlo, sentado en un asiento suficientemente grande para soportar su peso.

Risam, de pie frente a Morlo, se volvió al oírle llegar, tratando de averiguar por la mirada del joven qué había hablado con su padre. Pero Morlo no les permitió intercambiar siquiera una palabra.

- Me gustaría saber de qué habéis hablado, pero no creo que me lo vayáis a decir, así que me ahorraré el esfuerzo. De todos modos, no podéis haberle dicho nada de interés para recuperar a su hija - echó a Risam una mirada despectiva -, y por supuesto, no podréis conspirar contra mí desde

las mazmorras del castillo. - Risam lanzó una exclamación ahogada, y Morlo se volvió hacia ella:- No esperéis piedad ahora, princesita, ni para vos, ni para vuestra doncella ni para vuestro paladín. No habéis cumplido vuestra promesa, de modo que yo tampoco cumpliré la mía. Y cuando veáis a vuestro querido Zerec colgar de una cuerda, pensad quién ha tenido la culpa.

Zerec se lanzó contra Risam, cogiéndola de los hombros y secando con dulzura las lágrimas que caían por su cara. En un susurro, pero con la voz llena de emoción, le dijo:

- No le escuchéis. Por Dios, princesa, no le escuchéis.

- Lo siento, Zerec. Si no hubiera...

- No lo digáis, princesa. Hicisteis muy bien, y no os culpéis por lo que a mí me ocurra. Lo único que lamento es no poder cumplir la promesa que hice a vuestro padre de protegeros. - Antes de que los soldados cogieran a Zerec para llevárselo, se acercó tanto a Risam que nadie más que ella pudiera oírle:- Pronto vendrá vuestro padre a por vos, no os entristezcáis.

Risam observó con los ojos llenos de lágrimas como Zerec era llevado por los soldados de Morlo, que le empujaban y golpeaban el brazo herido sin ningún respeto. Durante un momento la joven pensó arrodillarse frente a Morlo y rogarle, pero sabía que sería inútil. De lo que sí estaba segura es de que no volvería a considerar siquiera la idea de casarse con ese hombre. Zerec le había dicho que su padre vendría pronto a salvarla. Tal vez tenían un plan. Sólo esperaba que cuando lo llevaran a cabo no fuese demasiado tarde para salvarle a él.

Morlo se volvió hacia ella:

- En cuanto ponga las cosas en claro con vuestro padre, Risam, aclararemos cuentas. - Se volvió a los soldados y dijo casi gritando:- Lleváosla a su habitación y no la permitáis salir.

Zerec fue conducido por una serie de corredores y escaleras hasta la zona más baja, fría y húmeda del castillo, donde estaban las mazmorras. Ruido de las ratas y lamentos apagados, las gotas de agua que se filtraban a través de las piedras, formando charcos en el suelo con un interminable tic, tic. El aire, casi irrespirable por el olor a suciedad y podredumbre, y la mínima iluminación que ofrecían las antorchas colgadas de las paredes, daban a esta parte del castillo un aire general de muerte.

Hicieron entrar a Zerec en una sucia y maloliente mazmorra. Le sujetaron las muñecas con dos brazaletes de hierro, unidos por fuertes cadenas a la pared. Luego salieron de la mazmorra, cerrando la puerta tras ellos, y un momento después sonaron unos pasos que se alejaban. Se había ido un soldado; seguramente el otro guardaba la puerta.

Zerec apenas podía desplazarse más que para sentarse en un banco de madera medio roto que había junto a la pared. En la penumbra de la celda apenas podía ver siquiera lo grande que era; pero sentía el agua y el barro en sus pies y las ratas moviéndose por todas partes. No sabía qué pretendía hacer Morlo con él. Tal vez decidiera deshacerse de él o tal vez lo dejara allí para siempre o por si encontraba alguna oportunidad de utilizarlo contra su rey Orando. Pero ahora no pensaba en él. En su mente sólo cabía Risam; en su mente y en su corazón. No dejaba de imaginarse la expresión de la joven esa misma mañana en la alcoba, cuando la besó y, al disculparse por su atrevimiento, ella le dijo que no tenía nada que perdonar. Sabía que ella sentía lo mismo que él, y eso hacía todavía más dolorosa la situación en la que estaba. Ahora que lo había descubierto, tal vez ya nunca podría disfrutar de su amor.

## Capítulo 9

Pasaron los días sin que nada perturbara la negra paz de la mazmorra. Durante este tiempo Zerec apenas sabía cuando era de día y cuándo de noche salvo por la ración de comida - si es que se le podía llamar así- que le traían todas las mañanas. Excepto por el soldado que le traía la comida, no veía a nadie, y éste no se abstenía de hablar con él, sin duda por orden de Morlo.

Mientras tanto, Risam permanecía recluida en su habitación, de la que no había salido desde el día en que vino su padre.

Morlo la había visitado varias veces, tratando de hacer que cambiara de opinión, pero todos sus intentos eran vanos, y en los últimos dos días no le había visto.

No había vuelto a tener noticias de Zerec desde que fue llevado a las mazmorras, y rezaba para que aún siguiera con vida y en buen estado. Tampoco sabía que había sido de su pequeña doncella Manés, de la que nadie en el castillo parecía conocer su paradero.

El soldado que le traía la comida le dijo en una ocasión, más por el ánimo de desanimarla que otra cosa, que Arlem había enviado a casi todo su séquito de regreso a Brodomar, quedándose él con unos pocos hombres acampado en un valle cercano al pueblo de Morlo, pendiente de las negociaciones con Morlo.

Una mañana, cuando acababa de salir el sol, Risam se despertó alertada por un gran alboroto proveniente de la entrada del castillo. Se acercó rápidamente a la ventana, y el espectáculo que vio la asustó. Hombres que parecían haber enloquecido corrían de un lado a otro dando gritos y los soldados surgían de todas las puertas del castillo para dirigirse a la puerta.

Este terrible caos sólo podía deberse a una cosa: Arlem había reunido a su ejército y se encontraba a las puertas del castillo. De algún modo había burlado a los soldados y espías de Morlo, reuniendo a sus fuerzas sin que nadie se enterase.

Risam temblaba al pensar en que lo que ella siempre temió iba a ocurrir en cualquier momento. Cuántas personas deberían morir para restablecer de nuevo el orden, cuántas vidas robadas por culpa de los sueños de un loco. Y su padre, él era su mayor temor. Pero Zerec tenía razón; ya no dependía de ellos y, tal vez ésta fuera la única solución.

Se vistió con rápidamente con un vestido blanco y se recogió el pelo en una larga trenza. Conocía lo suficiente a Morlo para saber que, en caso de que las cosas se pusieran feas para él, la utilizaría para salvarse. Debía escapar de allí antes de que Morlo viniera a buscarla, y tal vez pudiera llegar hasta Zerec y liberarle. Si tenía suerte, el jaleo habría llamado la atención del soldado que guardaba su puerta.

Salió de la habitación. Tal como pensaba, el soldado había desaparecido, y no se veía ni oía a nadie por el pasillo. Sin pensárselo dos veces, salió corriendo hacia la escalera. Apareció un soldado por una puerta, pero no se fijó siquiera en ella y salió corriendo en dirección contraria.

Sin embargo al llegar a las escaleras se detuvo un momento. En el piso inferior el caos era total. Si todo iba bien, podría llegar a las mazmorras sin que nadie se fijara en ella.

Sin embargo, cuando se disponía a bajar apareció Morlo a los pies de la escalera, seguido por dos soldados. Antes de que pudiera esconderse los soldados la reconocieron y salieron corriendo tras ella, que se volvió y trató de huir por el pasillo por el que venía.

No llegó muy lejos antes de que los soldados le dieran alcance. La sujetaron con fuerza y Risam no trató de liberarse; agotada y desesperanzada, se dejó llevar por los soldados hasta donde Morlo les esperaba.

- Estúpida jovencita - exclamó irritado cogiéndola del brazo y zarandeándola con fuerza-. ¿Pretendías escapar y estropear mis planes? Subestimé a tu padre, y me ha cogido por sorpresa, pero yo sigo teniéndote a ti, y mientras así sea tendré la carta que me hará ganar al final la partida.

Zerec luchaba furiosamente con sus cadenas tratando de romperlas, pero todos sus esfuerzos eran inútiles. Desde hacía rato se escuchaba un gran alboroto fuera de su celda, tanto dentro como fuera del palacio. Eso sólo podía significar que el ejército de Arlem estaba atacando el castillo, y si todo había salido según sus planes, el ejército de Orando estaría con él.

Si así era, el ejército de Morlo no tardaría en verse derrotado, y entonces Morlo buscaría su salvación en Risam. Debía salir de allí para proteger a su princesa, pero necesitaría un milagro para deshacerse de sus cadenas.

De pronto se escuchó un grito frente a la puerta de su celda y el golpe seco de un cuerpo al caer al suelo. Un momento después la puerta se abría, y Manés entró en la mazmorra.

Zerec observaba asombrado a la pequeña doncella, que llevaba el vestido salpicado de sangre y llevaba un manojito de llaves en la mano, pero no dijo nada mientras ella buscaba entre todas la llave que abriera los brazaletes que aprisionaban sus brazos.

Una vez liberado, se puso en pie con dificultad por haber pasado tanto tiempo en la misma postura, y salió al pasillo, donde el guardián de su puerta yacía ahora en el suelo, muerto.

- No hay tiempo que perder, señor - dijo la niña impaciente -. La princesa está en peligro y sólo vos podéis ayudarla.

- ¿Qué ha ocurrido?

- Los soldados de Brodomar aparecieron en el castillo al amanecer. Su ejército es enorme y los soldados de Morlo están a punto de rendirse. Morlo ha cogido a la princesa y se la ha llevado a algún lugar del castillo, donde amenaza con matarla si alguien trata siquiera de acercarse a él.

- ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

- Llevo varios días escondida en la cocina, pues los soldados me buscaban, pero al ver lo que ocurría decidí tratar de llegar hasta vos. Con el alboroto que se ha formado arriba, nadie se preocupó de una doncella que corría asustada, y apenas quedan soldados de vigilancia por los pasillos.

- Me has dado una idea - exclamó Zerec -. Vuelve ahora a la cocina, Manés. Es el lugar más seguro para ti.

- Y vos, ¿qué pensáis hacer?

- Me convertiré en un soldado de Morlo - miró el uniforme del hombre muerto a sus pies -. Con esas ropas, nadie tratará de detenerme y podré llegar fácilmente hasta Risam.

Así, Zerec cambió sus ropas por las del soldado y corrió hacia la entrada del palacio. Allí unos cuantos soldados de gris y rojo hacían un último esfuerzo por resistir frente al gran número de soldados de uniformes dorados y plateados.

Llegaba ya al pie de la escalera cuando un soldado con el uniforme dorado de Arvenamar se dirigía hacia él con la espada en alto. Zerec se echó hacia la pared, esquivando la espada que ya se cernía sobre él. Antes de que el soldado pudiera reaccionar, Zerec le cogió por los hombros, empujándole contra la pared.

- Ten cuidado a quién quieres matar. ¿Es que no me has reconocido?

- Yo... - los ojos del hombre se abrieron como platos -. ¡Zerec! ¿Qué hacéis vos aquí vestido con ese uniforme?

- Es un buen disfraz. Pero dime, ¿sabes dónde se encuentra Morlo?

- Está arriba, señor. No nos atrevemos a acercarnos pues tiene a la princesa Risam con él y amenaza con hacerle daño. Los pocos soldados de Morlo que quedan en pie no aguantarán mucho más, y de ellos nos estamos ocupando ahora. Pero vuestro padre está fuera con el rey Arlem, deberíais...

Zerec ya no le escuchaba. Salió corriendo escaleras arriba, y en el pasillo vio un soldado guardando una puerta, la de los aposentos de Morlo.

El soldado no se inmutó al verle acercarse. Le preguntó por la situación abajo e iba a dejarle pasar cuando algo en su cara le llamó la atención. Pero no fue bastante rápido y Zerec, viendo que le había reconocido, le atravesó con la espada y el hombre cayó al suelo muerto.

Morlo, tras coger a Risam en su intento de huida, la había llevado a sus aposentos, donde ahora permanecía esperando mientras veía por la puerta entreabierta del balcón cómo su ejército se iba replegando y rindiendo ante el ataque de los dos ejércitos de este juntos. De los tres soldados que habían ido con él, dos habían ido a luchar y sólo quedaba uno guardando la puerta de la habitación. Pero nadie se atrevería a entrar estando Risam con él.

Risam permanecía pegada contra la pared, muy cerca de Morlo. Estaba asustada porque sabía que él también lo estaba, y por tanto era capaz de cualquier cosa. Si al menos Zerec estuviera con ella.

Morlo no echó más que una breve ojeada al soldado que acababa de entrar en la habitación, aunque se sintió un poco más tranquilo al ver que venían más soldados para su protección.

Fuera del palacio se hizo un gran silencio y Morlo escuchó cómo alguien le llamaba. Reconoció enseguida la voz del rey Arlem y, asustado, cogió a Risam por el brazo. Utilizándola de escudo y

con una daga apuntando a su cuello, salió al balcón. El patio rebosaba de soldados de Brodomar y Arvenamar y, al frente de ellos, sobre sus respectivos caballos, aguardaban Arlem y Orando.

- Habéis perdido, Morlo - exclamó Arlem -. Vuestro ejército ha sido derrotado y tu castillo ocupado. Estáis solo y no hay forma de escapar. Dejad a Risam en libertad.

- ¿Creéis que estoy loco? No quiero morir todavía.

- Nadie os hará nada si dejáis ir a mi hija. Dejaremos que os vayáis libremente.

- ¿Irme? Este todavía es mi reino, Arlem, no lo olvidéis. Lo será mientras viva y nadie podrá hacer que me vaya.

- Sed un hombre por una vez en tu vida - exclamó Orando -. Aceptad vuestra derrota, Morlo. Vuestra única salida es dejar libre a la princesa.

- ¿Y quién me dice que cumpliréis vuestra promesa? - Morlo estaba muy asustado, y Risam sentía la mano temblorosa del hombre que le acercaba cada vez más daga al cuello.- No me fío ya de nadie, Arlem. Me mataríais una vez estuviera ella a salvo. Quedaos con vuestro maldito reino y con el mío, si os agrada, pero si me mandáis al infierno, os aseguro que no me iré de vacío, os lo...



Nunca acabaría su frase. Ante el asombro general, el cuerpo de Morlo se inclinó sobre la barandilla de la terraza, cayendo al suelo del patio con una herida de espada en el costado. Los dos reyes levantaron a la vez la cabeza y vieron en la terraza a un hombre con el uniforme de Morlo, que observaba en silencio el cadáver del rey del Oeste. Soltó la espada llena de sangre y se volvió a la princesa. Ésta, con los ojos llenos de lágrimas y temblando como una hoja, se echo hacia el joven, quien la abrazó con fuerza.

Los ojos de Orando brillaron de alegría al reconocer al joven y, entre los gritos de los soldados que aclamaban su triunfo, exclamó:

- Zerec; es Zerec.

Poco después aparecieron por la puerta del palacio, y custodiados por varios soldados, los dos jóvenes. Risam corrió hacia su padre, quien lloraba de alegría. Zerec se dirigió hacia Orando, que le abrazó con fuerza, poniendo todo el amor que un padre puede profesar a su hijo.

## Capítulo 10

Tras una reconfortante comida en el castillo, que ahora estaba lleno de vida, Arlem hizo a Risam acostarse y descansar, a pesar de que ella insistía en que estaba demasiado emocionada y feliz para dormir.

Acompañada por la pequeña Manés, a la que unos soldados, siguiendo las instrucciones de Zerec, habían encontrado escondida en la cocina, Risam fue a su habitación.

Zerec pasó casi toda la tarde explicando a los dos reyes toda la historia desde el principio.

- Risam no debió temer ni por un momento - dijo por fin Arlem - que una guerra contra Morlo pudiera acabar conmigo.

- Sin embargo es comprensible su miedo por vuestro bienestar.

- Y tú, Zerec - dijo de pronto Orando -, fuiste un loco al venir aquí solo. Todo salió bien y a ninguno os pasó nada, gracias a Dios; pero si te hubiera ocurrido algo yo... Bien, la historia ha terminado bien y la desaparición de Morlo traerá una nueva paz, no sólo para nosotros, sino para las pobres gentes de su pueblo. De todos modos preferiría que nada de esto hubiera ocurrido.

- Permitidme que esté en desacuerdo contigo, padre. - Zerec se puso en pie y se asomó a la ventana, por donde se contemplaba el cielo rojizo del atardecer.- Debo confesar que en cierto modo, me alegro de todo lo ocurrido. Y no me interpretéis mal pero... - observó la expresión extrañada de Orando y desvió la mirada - Si me disculpáis, saldré a dar un paseo.

Orando iba a preguntar a Zerec el significado de sus palabras, pero Arlem le indicó con un gesto que guardara silencio. Cuando Zerec les dejó solos, entonces se volvió a su amigo.

- ¿Qué ocurre, Arlem? ¿Sabes por qué ha dicho eso?

- Creo - contestó Arlem con una sonrisa -, que pronto se celebrará una boda entre nuestros dos reinos.

El rey de Arvenamar miró turbado a Arlem; de pronto sus ojos se iluminaron y, con una amplia sonrisa, cogió dos copas llenas de vino; ofreció una a Arlem, levantó la suya para hacer un brindis:

- Por la feliz pareja.

Cuando Zerec salió al jardín el sol comenzaba a ocultarse por el horizonte. La tarde era hermosa y extrañamente tranquila. No parecía posible que esa misma mañana se hubiera librado allí mismo una dura batalla. Mientras caminaba por el jardín recordaba la vez en que habló con Risam en el jardín de su castillo, cuando él había comenzado a comprender que lo que sentía por Risam era amor, un sincero e intenso amor.

Le llamó la atención una figura que había estado apoyada en un árbol y ahora se dirigía hacia la muralla. No parecía ningún soldado, y a las personas del castillo de Morlo no les permitían estar allí.

Se acercó en silencio hacia la figura, que al acercarse empezó a tomar forma, y Zerec comprobó sorprendido que era Risam, con un hermoso vestido de color azul verdoso y el cabello cayendo como una brillante cascada sobre los hombros, quien observaba pensativa el cielo.

Zerec hizo un ligero movimiento que llamó la atención de la princesa, que se dio la vuelta rápidamente. Sonrió tímidamente al ver a Zerec, y éste hizo una ligera reverencia.

- Buenas tardes, princesa. Os creía descansando.

- No estoy cansada; al contrario, han ocurrido tantas cosas últimamente que no quería dormir para disfrutar de la calma que se siente ahora. Manés sí que estaba cansada, así que la dejé durmiendo en mi habitación. Yo... aún no he tenido la oportunidad de agradeceros lo que habéis hecho por mí. Me salvasteis la vida esta mañana.

- Y volvería a hacerlo mil veces.

Risam se sonrojó y dio la espalda al joven para que no viera su turbación. Tímidamente le preguntó:

- ¿Qué pensáis hacer ahora? ¿Volveréis enseguida a Arvenamar?

- Los planes de mi señor eran acompañaros hasta Brodomar e inmediatamente seguir camino hacia nuestro hogar. - Poniendo las manos sobre los hombros de Risam, la hizo volverse hacia él, y durante un momento los dos se miraron en silencio.- Si yo vuelvo o no enseguida con él, depende por completo de vos.

- ¿De mí? No entiendo.

- Mi intención es volver enseguida con mi padre a no ser... a no ser que aceptéis casaros conmigo.

Risam sintió que de pronto el mundo había cambiado de color. Zerec esperaba, imperturbable y serio, la respuesta de la joven. Ésta bajó un momento la cabeza, visiblemente turbada, pero enseguida la levantó y miró a Zerec sintiendo una inmensa alegría.

- Estaré encantada de ser vuestra esposa.

La expresión de Zerec se iluminó con una gran sonrisa. Alargó los brazos para tomar a Risam de los hombros y la atrajo hacia sí. Ella se apretó contra él y sus miradas se perdieron la una en la otra.

- Ni el más hermoso día de primavera me lo parece tanto comparado contigo, Risam.

Les parecía que con el sol que ya se ponía se iban todas las aventuras y temores pasados y que, al día siguiente, el nuevo sol traería ilusiones y felicidad para los dos.

## *Epílogo*

Poco tiempo después Risam y Zerec se casaron, en una mañana de primavera hermosa como pocas se han visto. Con ellos, Arvenamar y Brodomar celebraron también la unión de los dos reinos.

Pronto se puso orden y paz en el reino del Oeste, que se convirtió en un próspero lugar gracias al buen gobierno de Arlem y Orando.

Años después los tres reinos se unirían para siempre bajo el reinado de Zerec y Risam, que resultaron ser grandes y queridos reyes. Más tarde lo serían sus hijos y también sus nietos.

Pocos quedaban ya en el norte que conocieran bien la historia del reino de Morlo, la cual acabó convirtiéndose en una más de las muchas leyendas que se escuchan por las calles y de las que cada cual cuenta una versión. Pero Zerec nunca pudo dejar de recordar y darle gracias en su interior, pues gracias a Morlo, Risam y él se habían unido para siempre.



*Fin*



